CRISTAL DEL TIEMPO

Publicados:

ANGEL OSSORIO: CARTAS A UNA SEÑORA SOBRE TEMAS DE DERECHO POLITICO (Agotado)

THOMAS MANN: EL TRIUNFO FINAL DE LA DEMOCRACIA

NORMAN ANGELL: LA PAZ Y LOS DICTADORES

NICOLÁS BERDIAEF: LAS FUENTES Y EL SENTIDO DEL COMUNISMO RUSO

MANUEL AZAÑA: LA VELADA EN BENICARLÓ. (*Diálogo sobre la guerra de España*).

SIGMUND FREUD: MOISES Y LA RELIGION MONOTEISTA

EMIL LUDWIG: TRES DICTADORES Y... UN CUARTO (Agotado)

LUIGI STURZO: LA POLITICA Y LA MORAL

C. G. JUNG: REALIDAD DEL ALMA

HERMANN RAUSCHNING: LA REVOLUCION DEL NIHILISMO

ANGEL OSSORIO: EL ALMA DE LA TOGA Y CUESTIONES JUDICIALES DE LA ARGENTINA

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: PSICOANALISIS CRIMINAL

ARTURO CAPDEVILA: ¿QUIEN VIVE? ¡LA LIBERTAD!

AMÉRICO CASTRO: LA PECULIARIDAD LINGUISTICA RIOPLATENSE Y SU SENTIDO HISTORICO

Próximamente:

EDUARDO MALLEA: EL SAYAL Y LA PURPURA

AMÉRICO CASTRO

LA PECULIARIDAD LINGÜÍSTICA RIOPLATENSE

Y SU *SENTIDO HISTÓRICO*

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1941

FAHCE Biblioteca Central
Nro. Inv. 87837
Sig. Top. 806.0(82) CAS ej 1
Fecha de Alta 02/09/03

DONACION MONNER SANS

PRINTED IN ARGENTINA

Acabóse de imprimir este libro el 31 de Julio de 1941
Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

El presente estudio fué parcialmente leído ante el Congreso de Profesores de Literatura Iberoamericana, celebrado en la Universidad de California, Los Ángeles, en agosto de 1940. Asistí a esa reunión gentilmente invitado por la Fundación Del Amo (Los Ángeles), a la que expreso aquí mi profundo reconocimiento.

En su actual forma este trabajo, trunco en su final, no es sino una parte de lo que un día podría ser un libro acerca del lenguaje de Buenos Aires.

Princeton University, setiembre 1940.

I

Los países del Plata son, sin duda, la porción más vivaz y universalizada de la América hispana. Sus ciudades mayores, Buenos Aires y Montevideo, han alcanzado niveles que hace un siglo parecían inesperables. El pensamiento y el arte rioplatenses son antenas sensibles para cuanto en el mundo significa valía y esfuerzo, actitud intensamente receptiva que no ha de tardar en convertirse en facultad creadora, si el destino no tuerce el rumbo de las señales propicias. La poesía, la novela y el ensayo lograron allá más de un "goal" perfecto. La ciencia y el pensar filosófico cuentan entre sus cultivadores nombres de suma distinción.

¿Cómo explicar entonces el hecho singular

de que el idioma, a orillas del Plata, presente rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento? En 1935, Amado Alonso publicó un denso librito acerca de *El problema de la lengua en América*, en el que concede atención preferente al lenguaje de Buenos Aires. Ni antes ni después se ha escrito nada más exacto. En la revista *Tierra Firme*, Madrid, 1935, analicé el alcance del estudio de Alonso, y vuelvo a referirme a ello, porque lo que se escribe en revistas llega difícilmente a noticia de los más. Decía así:

> En este libro lo más apasionante es la descripción del medio lingüístico argentino, que Amado Alonso conoce hoy mejor que nadie, por haberlo hecho objeto, desde hace años, de observación intensa y exclusiva. He aquí alguna de sus notas: "La masa cierra sus poros con recelo — la burla es también recelo y defensa — a toda posible infiltración idiomática culta. Fernández Moreno [uno de los más notados poetas argentinos, aclaro yo] me cuenta la estupefacción que causó en una tertulia de gente acomodada la palabra *vehemente* que él empleó". Según Alonso hay superabundancia de extranjeros y escasez de minorías directivas. El más penetrante juicio del autor, el que más bien puede hacer en este mundo, para nosotros entrañable, del Río de la Plata, es el siguiente: no es característica de la Argentina el que se cometan al hablar o al escribir más o menos faltas (*ojebto, oxcuro, puédamos, anedocta* y *acnédota*), ya que en España hay también quien ocasionalmente desbarra e igualmente dice *ojebto, acsoluto, pograma, colaso, copiscuo* (conspicuo) a más de otras enormidades; lo característico de Buenos Aires es "la profusión y, sobre todo, la extensión y la *impunidad* social de tales faltas. Aquí todo el mundo tiene mano libre para hablar como le salga, con tal que se le entienda más o menos adónde se dirige. Parece como si todo el mundo contara con un previo indulto mutuo. Y esto es precisamente lo grave".

Es en efecto grave que una colectividad social carezca del funcionamiento adecuado de sus frenos e inhibiciones. Se sufre en Buenos Aires, dice Alonso, de un "relajamiento social de la norma". La ciudad se ha visto desbordada por la invasión extranjera, y en ciertos sentidos la sociedad baja y media ha tenido que resignarse, para

el uso diario y vulgar, a una especie de "lingua franca". Pero el libro de Alonso no es un frío análisis, conducido por propósitos de sádica e infecunda mortificación. El autor habla como un hispanoargentino, dolido en lo profundo por realidades adversas, cuyo único remedio está justamente en hablar de ellas, en traerlas a público examen, en provocar reacciones de claridad inteligente y de suave cordialidad, en contribuir a que se afloje la contracción recelosa de los ánimos, que vuelve a las gentes opacas e impermeables. Clara como el agua es la demostración de Alonso de que el destrozo del habla no lleva a ningún resultado de tipo nacional ni original, y de que lo argentino necesita, para magnificarse, precisamente no achabacanar ni triturar su instrumento expresivo. Sólo en el acento local, no en el desbarajuste, debe sentirse el latido de la propia cultura, que eso es lo nacional.

Da en qué pensar el hecho extraordinario de que sea compatible la existencia de ciudades grandiosas, de aspecto ecuménico, con un espíritu de rústico estrechamiento, con la ausencia de normas reguladoras. El desarrollo desmesurado de lo económico, la tecnificación descomunal,

viene entonces a valer tanto como la ausencia de toda técnica.

En la misma revista en que se comentaban tan excelentes razones, reproduje yo unos artículos míos, publicados en *El Sol* de Madrid, en 1927, en los que había analizado la anarquía lingüística de Buenos Aires, desde un punto de vista paralelo al de Alonso, sin que a él llegara conocimiento de ello. Mencionaba allí un pasaje expresivo de la revista *El Hogar* (28 de setiembre de 1923), en que se aludía a un profesor español:

> "¿Acaso nos parece ociosa la obra del Sr. X? No, por cierto. Pero hay algo que nos hace mucha falta, y que él no podrá enseñarnos: hablar un flúido español de entrecasa, como el que hablan casi todos los españoles. Los españoles cultos que nos visitan, cuando no ocupan la tribuna o la cátedra, cuando se sientan a nuestro lado en el café, nos hablan en ese español familiar, cuyos giros son tan felices y cuyas imágenes son tan expresivas. Cuando pensamos que eso ellos no lo han aprendido en los libros, sino en el hogar y en la calle, nos quedamos descorazonados. En los li-

bros no podemos aprenderlo, y en el hogar y en la calle mucho menos. Nuestro lenguaje familiar y popular es pobre y descolorido, y nos asiste mal en la expresión del pensamiento. Tendríamos que decidirnos a hablar el lenguaje familiar de los españoles, tan vivo y tan pintoresco. Pero nos parece que la única parte donde podríamos aprenderlo sería en el teatro. Si a nuestros autores nacionales se les contagiase algo de él, y lo pusieran siquiera en boca de los personajes, nos prestarían un buen servicio. Por supuesto, no querrán prestárnoslo".

La anterior cita ilustra la cuestión lingüística en la Argentina más que cualquier análisis frío y conceptual. Su tono íntimo y noble descubre un aspecto esencial del problema, del señalado tan abiertamente por Alonso: rotura de frenos y de normas. En lo anterior, como en otros escritos que habré de mencionar, se suspira por ellos.

La misma revista *El Hogar* llamaba la atención sobre otros aspectos no menos capitales:

"Nos avergonzamos de nuestra 'cotidiana verba'. La tendencia actual es que

los escritores de selección escriban en un 'español preciosista', el cual ni es el español acriollado ni el habla impecable de los vallisoletanos. El habitante de España nace en un medio saturado de giros y modismos de una extraordinaria frescura y belleza. Sorprende en un aldeano hispano su modalidad lingüística, tan llena de sorpresas en los giros y en la manera de aplicar los proverbios de muy remoto abolengo... La pobreza espiritual de nuestro medio no da para un lenguaje así majestuoso ni en extremo florido; el ambiente bonaerense es de recia lucha por el dinero y sus derivados; es también producto de una compenetración asaz dificultosa de psicologías tan opuestas como pueden serlo las razas hispana e itálica".

El hecho se ofrece, pues, con perfecta nitidez. En el fondo, todos reconocen que la lengua panhispánica, con su admirable riqueza y su elástica soltura, es un instrumento maravilloso: la entienden unos cien millones de gentes, y al emplearla, nadie con plena posesión de ella vió cohibida su originalidad. Mas ante ese evidente hecho no todos reaccionan del mismo modo. Es perceptible la premura por destacarse dentro del complejo hispanoamericano, al hilo

de la tensión vital que la Argentina demuestra poseer. Obligada aún a recibirlo casi todo del extranjero, en peligro de anegarse en su heteróclito cosmopolitismo, busca con anhelo el menor rasgo diferencial en que sustentar íntimas singularidades. Posición delicada, si se exagera, que puede volver *estática* la actitud dinámica, al suplantar el *hacer* por la contemplación del mero *existir*. Por esa vía, el idioma se torna un fin absoluto, deja de ser medio. Así puede surgir un estado morboso, vidas preocupadas por sus propios gestos y ademanes, casi una neurastenia colectiva.

Hay argentinos, incluso con relieve intelectual, que declaran ser su lengua el "argentino", aunque no insistan mucho en ello al expresarse con la pluma. Otros, de discurrir más atropellado, predicaron hace años el evangelio del "lunfardismo" (el argot de la chusma), sin miedo a hundirse en la ineficacia y a caer en tópicos de un avejentado romanticismo. Motivo para esta última ingenuidad fué el sinsabor de no poder manejar sueltamente un idioma, que dominarían a maravilla al decidirse a olvidar el complejo de timidez y vanidad que los agarro-

ta, y si fuera posible que las "normas" comenzaran a tener vigencia.

Se ha notado a menudo la corrupción del habla estudiantil, con jergas que ni reemplazan al castellano, ni permiten mantenerlo a un nivel de viabilidad social. El Sr. Herrero decía en *La Nación* (27-II-1927) que los defectos de pronunciación, "unidos a una pobreza franciscana de léxico, hacen de cada presunto bachiller un ente mecánico e inexpresivo". Se oyen frases como ésta: "Vení en casa hoy, que yo voy de vos mañana". Y añade algo que está muy de acuerdo con lo que en varias ocasiones hemos dicho: "Podría parecer una exageración el hecho de querer reducir a términos patológicos el fenómeno normal de la inexpresividad de la lengua en labios de innumerables jóvenes estudiantes; pero no sería raro que un estudio de ese carácter diera por resultado el probable descubrimiento de una dislogía congénita en las novísimas generaciones. ¿Qué son sino manifestaciones de tal índole las frecuentes estoglosias, el tartajeo, el acento áfono?". Según el Sr. Herrero Mayor, la conversación en el patio del colegio recuerda extrañamente la del otro patio de Monipodio, gracias a la "novísima, arti-

ficiosa y absurda jerigonza lunfarda, lo más confuso, inexpresivo y pobre que como instrumento verbal se haya empleado en parte alguna. Y sin embargo, ésa es la huella que tienta constantemente y sigue por natural impulso el jovenzuelo que moldea su personalidad, su hombría, más allá de los muros del colegio, a cuyo umbral llega, atiborrado de vulgarismos, de expresiones innobles, de giros torpes, que resuenan después en las aulas con eco de extinguida argentinidad".

Para la intelección del hecho lingüístico bonaerense, fundado más en disposición espiritual que en elementos inmigratorios reductibles a cifras, es importante el dato que todos conocemos y que autorizadamente alega el Sr. Herrero Mayor: muchos profesores sienten el pudor de hablar correctamente; los cuales muy a menudo carecen de la información necesaria sobre tales materias, añado ahora. En 1940, Buenos Aires posee multitud de jóvenes con excelente educación lingüística, adquirida en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, en el Instituto del Profesorado o, más especia-

listamente, en el Instituto de Filología. A pesar de ello, "son muchos los docentes de castellano que no han hecho estudios de esta clase: abogados, médicos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, etc." [1]). Mas oigamos al Sr. Herrero Mayor:

> "El enseñante que adquiera ese ridículo sarampión no logrará nunca hacer efectiva la difusión de los medios expresivos del lenguaje. En el mentado "pudor" se estancan cientos de voces y expresiones castizas de uso corriente en distintos países de habla española, y que por su gracia y grado significativo forman un considerable elemento, de variedad y donosura indiscutibles. Si ello fuera posible, aquí mismo habríamos de enumerar gran cantidad de vocablos hurtados a la lengua por el maestro, y cuyo valor o significado se excluye de la clase por prohibirlo un pudor . . . nacionalista".

He aquí el estado de la cuestión que con tanto motivo inquieta a muchos argentinos. Todo problema lingüístico es siempre un punto cru-

[1]) Consúltese: Amado Alonso, en la *Revista de Filología Hispánica*, 1940, II, pág. 56.

cial de la psicología individual y de la colectiva. Las fuerzas morales, con el cargo de dirigir la cultura argentina, podrían contrarrestar tal invasión de ñoñez bárbara, inculcando la idea de que la nacionalidad no afecta al hecho de que los argentinos se expresen dignamente: puede haber esclavitud con un idioma no hablado por otras naciones, y altiva independencia con habla común a varias. Sospechamos, sin embargo, que la resistencia a toda guía espiritual, el prurito de anarquía, va a hacer muy difícil que se logre el intento de los más capacitados. Hubiéramos esperado que, al aparecer el libro de Amado Alonso acerca de los graves problemas que el habla presenta en Buenos Aires, esa obra espléndida hubiese provocado una adhesión automática por parte de quienes dirigen la enseñanza nacional, al mismo tiempo que serviría para orientar a todo argentino con luces. Porque Alonso no se ha limitado a emitir doctrinas en forma general, sino que ha publicado además una Gramática Castellana (en colaboración con el Sr. Henríquez Ureña) que en mi opinión significa para los países de len-

gua española lo que la Gramática de Andrés Bello fué hace un siglo. Por desdicha, la acogida dispensada a lo que ha debido mirarse como un don excepcional fué en parte hostil. La Gramática citada se había hecho en armonía con unos programas escolares de enseñanza del castellano, a tono con el buen sentido y con lo exigido por las circunstancias idiomáticas en que se halla la Argentina. Pues bien, tales programas han sido rehechos, destrozados, por gentes nada versadas en asuntos lingüísticos. No se ha querido inaugurar una tradición fecunda. Se ha preferido volver al surco del desorden inepto, con lo cual los niños argentinos no reformarán sus nociones sobre el lenguaje español, único instrumento expresivo a su alcance. Se ve, por consiguiente, que el estado social en este caso es mero reflejo de la voluntad, de la "noluntad" de quienes pretenden dirigir la educación nacional.

Sobre las razones para anular los programas inteligentes da alguna noticia la *Revista de Filología* antes citada:

"Esos programas fueron recibidos desigualmente. Los profesores que tienen estudios adecuados los acogieron en su mayoría bien". Los otros — es decir, los dentistas, farmacéuticos, etc. — protestaron.

"Los programas nuevos exigían cierta preparación técnica en la materia (aunque todavía mucho menos que la requerida por los programas de Fisiología o de Química) y romper con la venerable rutina; no es sorprendente que hallaran sorpresa en unos, en otros resistencia pasiva, en otros aversión activa. Bien es verdad que en los tres años que han estado en vigencia han ido ganando también entre ese profesorado adventicio muchísimos adeptos.

"Los comentarios (sin firma) en un par de los grandes diarios de Buenos Aires fueron muy agresivos e insistentes; y como es norma general en nuestros periódicos no publicar comentarios contradictorios sobre un mismo tema... no se publicaron en ellos ni rectificaciones ni críticas positivas de los programas.

"Los ataques eran de dos clases: unos decían que se exigía mucho esfuerzo a los alumnos con tanta lectura, composición, etc. Por desgracia, esos reproches se apoyaban en una depravada doctrina pedagógica, endémica entre nosotros, que pretende formar a los ciudadanos dándoles la cultura como disfrute gratuito. La otra clase de críticas se dirigía a la parte gramatical; y eran de esta especie: "la palabra *predicación* está mal empleada, porque en castellano significa la del púlpito"... O: "esos programas presuntuosos que sumían a los alumnos en los abismos del sujeto y del predicado...".

Los hechos anteriores, junto a otros que después se mencionarán, significan que nos hallamos frente a un constante prurito de rebeldía respecto de cualquier norma o magisterio, con desdén para su valía y su santa eficacia. Hay rebeldías huidizas que pisotean la norma sin alardear; otras duplican la indocilidad jactándose de ello y enmascarándose en aplomo y seguridad del todo insinceros. Para mí, en esto radica todo el problema lingüístico de Buenos Aires, en lo que tiene de pernicioso y negativo salvando, por supuesto, con el mayor optimismo, mi fe en la realidad y en el futuro de la literatura argentina como producto de una excelsa y acendrada minoría. Lo que nos desplace

e inquieta a muchos argentinos y a mí mismo es resultado directo de determinadas actitudes vitales, que van tomando diverso aspecto en hechos históricos, al parecer distintos, aunque en última instancia idénticos.

Con gran tino, Amado Alonso reduce a cuatro los motivos determinantes del desbarajuste lingüístico en Buenos Aires:

1. Plebeyismo universal del momento presente.
2. Ruptura de la tradición idiomática en toda Hispano-América.
3. Tardía importancia de la Argentina como colonia.
4. Colosal aumento de Buenos Aires merced al aluvión inmigratorio.

"Lo que pone a Buenos Aires — dice — en desventaja frente al resto de Hispano-América (incluyendo España) es su increíble crecimiento por aluvión, y su condición de campamento colosal, en cuya vorágine, la pequeña minoría que mantiene la tradición de la lengua culta está desperdigada y apenas tenida en cuenta" (pág. 139). "Durante los dos siglos primeros de la colonia, sobre todo donde no

estaban las cortes virreinales, hubo una especie de ruptura (o desatadura, mejor dicho) de la tradición idiomática" (pág. 125). El español en América "en vez de sentirse preso y sostenido por aquella apretada urdimbre social de España . . . ahora se ve frente a la inmensa y nueva naturaleza de América, a solas con ella" (pág. 130). "Los españoles reunidos aquí se desurbanizan" (pág. 135).

Es inegable que todo fué y es del modo que Alonso lo dice. Por mi parte sólo desearía coordinar funcionalmente los elementos de tan buena demostración. Estimo, por ejemplo, que el desquiciamiento introducido por los inmigrantes se debe menos a su presión numérica y a su acción mecánica que a la manera de ser del país que los acoge y a la previa idea aportada por el extranjero, tan torrencialmente vertido sobre las márgenes del Plata.

Desde lejos husmeaba aquél la clase de mundo hacia donde enfilaba su ventura. Sarmiento, testigo pasional del auge inmigratorio, escribe en 1883:

"La República Argentina, por la composición de su población, no es más *cosmopolita* que los Estados Unidos, poblados lo mismo que estos países. Por medio millón de europeos que habitan este país, hay seis millones en los Estados Unidos, sin más diferencia que allá se amalgaman a la masa desde que llegan, y quedan asimilados a los yanquis, mientras que aquí permanecen largo tiempo formando o llamándose colonias extranjeras, y, por tanto, extrañas al país". (*Condición del extranjero en América*, pág. 214). "En los Estados Unidos, de los trescientos mil inmigrantes que llegan al año, los doscientos cincuenta mil hacen luego su declaración de ciudadanía: las tierras públicas no se dan sino a los ciudadanos. En la República Argentina, de los cuarenta mil que llegan anualmente, *ninguno* toma carta de ciudadanía, porque hace, al parecer, más cuenta; y en los años posteriores, cuando ya se siente la necesidad de ser patriota, el ejemplo de los que le precedieron, las instancias y lecciones de sus compatriotas le hacen desdeñar tal carácter de ciudadano, aprendiendo a saborear las ventajas de no serlo y a enorgullecerse de saber que hay al otro lado del Atlántico un país cuyo

nombre puede servir para entretener, disimular o extraviar los impulsos del patriotismo" (pág. 128).

Todavía hace unos sesenta años las colonias extranjeras en Buenos Aires vivían su propia vida, desdeñaban la autoridad legal del país, se mostraban altaneras, hasta el punto de escribir Sarmiento: "¡A este grado de desvergüenza han llegado las autoridades de las colonias, encargadas de velar por la defensa de sus nacionales!" (pág. 173). Así pues, lo esencial de la historia parece consistir en la modalidad argentina existente antes de la llegada de los grandes contingentes de extranjeros, modalidad fundada en la ausencia de auténticas jerarquías y en el goce, un tanto perverso, de que no las haya. No pensaba yo así al escribir en 1927:

"Lo más grave es que el lenguaje familiar y vulgar se viera invadido por una jerga inmigratoria del tipo de la "lingua franca" de las escalas de Levante, formada por el detrito de dialectos incultos, como el genovés o el caló hispano-portugués. Los inmigrantes españoles han sido en gran medida campesinos de regiones dialecta-

> les sin bastante ilustración, que lejos de reobrar contra tal ambiente fueron absorbidos por él". Ahora no pienso que lo más grave, es decir, lo decisivo histórico, fuera la inyección de extranjerismo plebeyo en el habla porteña, sino el que tal hecho fuera posible; en suma, el que no se hubiera atajado, o luchado brava y dignamente por atajarlo. Puede ser que mi explicación desborde el campo lingüístico, pero aspira a no dejarlo descubierto.

La riqueza argentina tuvo que ser desenvuelta gracias a la inmigración —grandes capitales, ferrocarriles, telégrafos, muelles, etc.— según nota Sarmiento, que sabía de eso; y añade: "medios que empleados por Chile, Brasil y otros Estados, sin el auxilio de la emigración, han desenvuelto riqueza, aunque no en la escala que la República Argentina" (pág. 331). Se ha observado, por tanto, que algo peculiar acontecía en la Argentina. Hablar de ello me parece necesario.

II

Arturo Capdevila es autor de un libro lleno de emoción y de profundo sentido sobre el tema que ahora a mí también me apasiona un poco: *Babel y el castellano*. Quienes conocen el español hablado en América no ignoran que el *vos* en lugar del *tú* fué muy general, y subsiste todavía en muchas partes, aunque cediendo terreno, y evitándose su uso entre personas cultas. Pedro Henríquez Ureña analizó tal fenómeno, histórica y geográficamente, en la *Revista de Filología Española* (1921), ampliando lo dicho por R. J. Cuervo en sus *Apuntaciones*[1]). Capdevila subraya, por su parte, que "México y Lima fueron y son las grandes

[1]) El más completo estudio del voseo se encuentra ahora en el libro de Eleuterio F. Tiscornia, *La lengua de Martín Fierro*, Buenos Aires, 1930.

metrópolis del *tú*, y los mayores centros de su expansión. La causa queda averiguada. En Lima y en México, tal como ocurriera en España, la adopción del *tú* fué un fenómeno de cultura y buena crianza, al paso que en lo restante de América el triunfo del voseo en las masas populares no fué sino una imposición del general atraso. Y tanto fué cosa de cultura el tutearse y tanto lo sigue siendo, que aun allí donde prepondera el voseo, como en la Argentina, la gente de mayor alcurnia intelectual dice de *tú* cuando los otros emplearían el *vos*, y lo propio acontece en todas las otras zonas infectas por el voseo en América" (pág. 128). Mas esto no daría exacta imagen de lo que acontece en Buenos Aires, si no leyésemos lo que luego añade Capdevila:

> "Pero la verdadera mancha del lenguaje argentino es el voseo. La frase rioplatense está como salpicada de viruelas con esa ignominiosa fealdad. Es de veras extraño que un pueblo tan hermosamente orgulloso de su personalidad como el nuestro haya venido a singularizarse con tan calamitoso rasgo" (pág. 137).

Ahí está claramente tocado el problema de la singularidad argentina, en un asunto con el que nada tiene que hacer la inmigración. El *vos tenés, vení, no te metás*, ha podido ser corregido allí donde subsistía como arcaico vulgarismo, mientras que en Buenos Aires hasta ha desalojado el *tú* de los más distinguidos, que hace años todavía persistían en mantener una diferencia de educación. En Chile, por ejemplo, la escuela consiguió desterrar el *vos* entre la gente educada. En la Argentina, desde hace mucho se realizan esfuerzos para lograrlo; sus beneméritos intentos se han perdido en el vacío por la indisciplina de los jóvenes, por la de sus familias y por la de la sociedad en general. Por los mismos motivos por los que se torpedea la maravillosa Gramática de A. Alonso y P. Henríquez Ureña. El sentido de semejante fenómeno hay que buscarlo en hondas y temperamentales reacciones históricas, singulares antes a orillas del Plata como lo son hoy día.

La Argentina ribereña nació como una ilusión y una necesidad; vive lánguida hasta fines

del siglo XVIII y sin papel dentro del gran teatro del Imperio español a causa de su situación excéntrica respecto de los grandes focos de hispanidad. El Río de la Plata carecía de ella, y la ciudad de los Césares que Garay parte a buscar en 1581, al año de fundar Buenos Aires, fué una quimera que se desvaneció como las restantes: El Dorado, las Siete Ciudades, Quivira, y demás imaginaciones de la misma laya. Las grandes ciudades americanas surgieron próximas a las zonas de rica minería, o como etapas esenciales para el comercio y la navegación. Chile, región pobre y por demás belicosa, guardaba siempre la esperanza de que sus montañas ingentes encerraran tesoros; la relativa proximidad al Perú lo convierte en una natural prolongación de aquel reino, como en efecto lo era desde el tiempo incaico en cuanto a la administración y a la lengua (al menos en su porción norte). Las dramáticas luchas en Araucania fueron incentivo para el ánimo guerrero y nobiliario de los conquistadores. Un Mendoza, de alta estirpe, combate llevando junto a sí a un caballero como Er-

cilla; Chile permanecería siempre bajo la vibración de sus estrofas. Allá acontece el gran gesto hispano de Diego de Almagro, quien al rasgar los pagarés de sus soldados tras el mal éxito de su empresa, les dice: "No creáis que por eso dejaré de daros a vos, a mis amigos, lo que me queda, porque nunca deseé dinero y haciendas sino para darlos". Cuando en 1558 D. García Hurtado de Mendoza oye que barcos extranjeros amenazan la tierra chilena, escribe a Felipe II: "En cualquier parte tiene V. M. criados y vasallos que saben defender su tierra, pues tengo aquí soldados y municiones, no solamente para echar de ahí la armada del rey de Portugal, pero la de Francia que estuviera con ella". Lo cual, junto a muchas más cosas, quiere decir que hasta Chile llegan ráfagas del gran vendaval del Imperio. No es, por tanto, extraño que esto influyera más tarde en la estructura social de Chile y en las posibilidades de su lengua literaria. El pasado colonial no en todas partes se quebró del mismo modo. A Sarmiento, voz de turbulencia, Chile le parece un lugar arcaico, atrasado, "pelucón",

del que habría que desterrar a D. Andrés Bello, juntamente con sus gramatiquerías. Mas porque Chile atrajo a Bello, y se dejó guiar por sus luces, Chile no usa hoy el *vos;* aunque para Sarmiento, Bello, "con todos sus estudios, no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propio *cancha*" [1]). Por eso hoy la Argentina sigue emperrada en su *vos* plebeyo, y no quiere que los niños caigan en "los abismos del sujeto y del predicado".

La ocupación de los países al Sur del Brasil, sin previa civilización indígena, respondió a la necesidad estratégica de limitar la expansión portuguesa, y, en parte, al propósito de hallar rutas fluviales para ascender a los emporios auríferos del Perú (expedición fracasada de Álvar Núñez Cabeza de Vaca). A la atención de algunos historiadores argentinos no ha escapado, por supuesto, tal singularidad. Saltaba a los ojos la modestia de Buenos Aires, aun en

[1]) Armando Donoso, *Sarmiento en el destierro*, pág. 18. Años después, Sarmiento rectificó su actitud hacia Bello, elogió su obra y reconoció la eficacia de su acción educadora.

el siglo XVIII, frente a la opulencia, no ya de México y Lima, sino de muchas ciudades de segundo orden. Al mismo tiempo fué observada la proclividad argentina hacia la anarquía y la turbulencia, ya en los inicios de la colonización. Bartolomé Mitre dice algo que glosarán después otros historiadores: "Todos estos elementos mancomunados y hasta cierto punto moderados constituían una democracia rudimental, turbulenta por naturaleza y laboriosa por necesidad, con instintos de independencia individual y de libertad comunal, a la vez que con tendencia a la arbitrariedad". Aquel gran argentino trazó correctamente las líneas del perfil colonial, aunque fiel al culto de los oropeles abstractos, según era normal en el siglo XIX, deslizó aquí la falaz palabra democracia, concepto que cerca de bruma lo que comenzaba a dibujarse con nitidez. Una historia argentina, concebida valerosamente como expresión de una turbulenta vitalidad, global y radical, por tanto, de esencia, tal vez hubiera contribuído a estructurar ese magnífico pueblo, mucho más que la ficción, convencio-

nal y seudo patriótica, de una democracia y de una personalidad independiente, ya en los albores del período colonial. Sorprende, en efecto, que Ricardo Levene, tan sagaz, no haya visto cuán extraño ha de parecer su aserto de que las sacudidas anárquicas de las ciudades que luego serían argentinas, en 1577 y 1580, —"ausente la *influencia moderadora* de otros factores sociales"—, anuncien que los criollos, por el hecho de haber nacido en aquellas partes, estuviesen ya poseídos "del genio instintivo de la soberanía popular y de la libertad" [1].

Pero sobre Levene no actúan, al expresarse así, exigencias lógicas sino sentimentales, es decir, el deseo de que el "sol de mayo" se anuncie en la raya blanquecina de un remoto horizonte, cuando un puñado de españoles, en ranchos mal adobados que la ilusión convertía en ciudades, se alborotan un poco por no hallarse enteramente cubiertos por las virtudes de la "cúpula" hispánica, por encontrarse "ausente la influencia moderadora de otros factores", según tan

1) *Historia argentina*, I, 133.

justamente observa Levene. Esto es lo exacto; lo demás es romántico anacronismo, como el del Duque de Rivas situando a Averroes en la acción de *El moro expósito;* pero el amor a Córdoba, dice con deliciosa ingenuidad, le llevó a incluir en el poema cuanto sirviera a realzar el prestigio de su adorada ciudad.

De esta suerte algunos argentinos han confundido la rebeldía y la interbelicosidad hispanas con los credos dieciochistas de la democracia, tan fuertemente sazonados por la abstracción y la retórica. Por mi parte, cada vez me inclino más a penetrar en el sentido de cada hecho hispano, menor o máximo, mediante su articulación con el total complejo de la vida hispana. El Imperio español del siglo XVI fué un modo especialísimo de civilización, sin igual ni antes ni después. Llevaría demasiado espacio describir sus propósitos; así pues, me contentaré con decir que el hombre hispano se hallaba incluso en modos de existencia basados esencialmente en un vivir fuera de sí —"vivo sin vivir en mí"—, proyectado siempre hacia lo trascendente, terreno o ultraterreno. Tal

sistema no cabe dentro de ninguno de los conocidos: judaísmo, cristianismo, islamismo o medievalismo, aunque puede ser que influyera un poco de todo ello. Mas sea como fuere, lo hispánico no coincide con ningún otro modo de existir. Al español, al ibérico, no le interesó nunca de veras el diálogo razonable con el mundo que le rodea, el cual no aspira a reconstruir mediante el hallazgo de conceptos. Sucintamente hablando, en el fondo, lo único que de veras interesó al hispano fué su aureola, el círculo de trascendencia, de una u otra índole, por el cual se sentía nimbado. Por eso le importó la religión y la superstición, la realeza y lo nobiliario. "Dios guarde a ustedes, caballeros", era el saludo de los labriegos andaluces: se trata de representar algo socialmente, de veras o en la fantasía, a fin de sentirse proyectado en un más allá. De ahí el orgullo y su hermana pobre, la vanidad ("stolz wie ein Spanier", se decía en alemán). De ahí la ideología utópica, la busca del oro, para magnificar el mundo en un vuelo de magia y de arte. De ahí su aptitud artística, productora de

realidades no neutrales ni ajustables a cualquier individuo, como son las técnicas. La vivencia del arte nunca es automática; requiere ser creada en cada caso y por cada uno, en un revivir y en un convivir la obra de arte, porque de otra suerte no entrega su virtud ni su esencia, dentro de las cuales cada uno se siente trascender. En esto, el hispano no es ni deja de ser individualista, término confuso, porque el español fué sociable para lo que le interesaba — la religión, la realeza o las corridas de toros. Lo que él procuró en sus horas mejores fué el suspenderse de su trascendencia para allí realizar sus mejores acrobacias. Así el místico y el conquistador, el fraile propagandista y sus templos, el poeta, Don Quijote, Don Juan, el aristócrata y su mansión esplendente, las utopías nacionalistas, o las del P. Las Casas y del obispo Vasco de Quiroga; luego, el gran gesto y la fanfarria — aquel Duque de Osuna del siglo XIX, que enviaba a un criado en tren especial para traerle cierto par de guantes; el ricacho suramericano que se arruinaba jactanciosamente en París, o construye palacios que

no puede sostener, o consume su existir en representación y exterioridad sociales. Todo eso, con cien cosas más de análogo estilo — grandiosas, ridículas, atroces o grotescas —, rezuman radical hispanismo, antes, ahora y luego.

Los países hispánicos — para su bien y para su mal, como todo en este mundo — se hallan inscritos en una tradición y destino hispánicos, y se ahincan más en ellos cuanto más pretenden desmentirlos o eludirlos. Lo que les pasa o deja de pasarles hay que referirlo a ese su esencial modo de existir. De ahí que para entender lo que sean, en política, en arte o en idioma, haya que contemplar su historia en apretado conjunto, pues sólo dentro de él adquieren sentido los hechos y aspectos parciales.

El Imperio español, en sus líneas decisivas, semejaba una inmensa cúpula limitada por la máxima trascendencia de lo divino. Bajo aquélla, concéntricamente y jerarquizándolo todo, actuaban el prestigio regio, el nobiliario, el artístico, el ceremonial, en un sostenido afán de más arriba y de más allá. Bajo tan

espléndida estructura se realizaron las grandes empresas, en Europa y en América, las congruentes con todo el sistema — que eran las que lograban éxito. El que a los cuarenta y ocho años de haber descubierto América hubiesen llegado los españoles a Chile por el Sur y a Nuevo Méjico por el Norte, al mismo tiempo que desarrollaban en España una civilización llena de altos valores, apenas parece creíble. Cierto que todo hubo de cumplirse concediendo importancia muy secundaria a la otra civilización de tipo analítico, dirigida hacia el más acá humano. Por lo mismo es poco comprensible que un notable historiador de Chile hiciese cargos a los españoles por no haber instaurado en Chile un buen sistema escolar durante el siglo XVI. Si en las cimas del Imperio hispano hubiera influído el espíritu de Luis Vives, de Pedro Simón Abril, de Luis de León, o de otros magníficos "outsiders", ¿es que a Diego de Almagro y a D. García de Mendoza se les habría ocurrido ir a extender sus quimeras a lo largo de los Andes? Los calvinistas, técnicos razonadores e industriosos, en

pleno siglo XVIII continuaban todavía adheridos a la franja atlántica de Norte América, excluyendo al indio, y entregados a la industria, al comercio, y a cultivar la democracia y el bienestar; su pensamiento y su esfuerzo prosaico iban cosiendo el mundo con puntos cortos y apretados. El español, en cambio, tomó de la vida lo necesario para alimentar su transmundo, por ejemplo el oro, clave mágica que abría el paso a templos y palacios. A comienzos del siglo XVIII, un Sr. Meabe, vasco, nada menos que "apartador general del oro y de la plata", construye con otros dos coterráneos aquel palacio-escuela para muchachas, llamado las Vizcaínas, una de las joyas arquitectónicas de la ciudad de Méjico.

Resultado de lo anterior es que en América no funcionara acertadamente la máquina del Imperio sino en lugares dotados de fabulosas riquezas, con metales preciosos, lo más próximo a la taumaturgia prodigiosa. Como simple terrícola, en el trato con las cosas necesitadas de concretas y pausadas maestrías, como técnico, negociante o agricultor, el ibero no supo bien

qué hacerse. Entonces suele caer en la picardía o en la anarquía. En los países sin metales ricos, o alejados de sus rutas o fuera de su zona de influencia, fué imposible instaurar el especial sistema de los respetos y de las jerarquías hispanos, fundados en religiosidad solemne, en nobleza o en arte monumental. La autoridad, como función interna y conceptual, no significa nada para esa raza, que siente la irrefrenable tendencia a ver en el Estado un emblema del fraude. La civilización española, en su aspecto político-social, no funcionó en donde el principio regio-nobiliario, en armonía con la idea eclesiástica, no pudo mantener tensos a individuos y grupos. Al romperse tan delicado equilibrio, las consecuencias eran desastrosas. Ante todo surgían las luchas entre el poder real y la Iglesia, que comienzan con Colón en Santo Domingo y que perduran a lo largo de toda la historia colonial; tales luchas, por lo demás, tenían viejos antecedentes en España, como debido resultado de la pugna entre dos trascendencias rivales. Si el Emperador se hubiera alzado con la potestad divina, según se insi-

nuaba a media voz entre los erasmistas, y según lo llevó a cabo con visión maravillosa el rey inglés, el Imperio español es probable que hubiera prolongado su existencia mucho más, y con menores conflictos. Pero tal idea no pasó de ser una utopía. Sea como fuere, es lo cierto que el día que se escriba con sentido la historia de lo que llamo pugna entre dos trascendencias, se percibirá mejor la causa de ese aire de catástrofe que domina la historia española de los últimos siglos — hasta hoy.

Mas los conflictos entre el poder civil y la clerecía no fueron los únicos. Luego que el español miraba hacia abajo, y no extáticamente por encima de sus ojos, se le desbarataban las nociones sobre la realidad, y se le desbocaba la conducta. De la tierra no podían brotar estímulos reguladores: el trabajo santificado de los calvinistas, el cultivo de la inmanencia religiosa, que, influída por el racionalismo postrenacentista, dió origen a las únicas auténticas democracias que han existido, radicalmente imposibles en los pueblos hispánicos. Por consiguiente, las turbulencias en las fundaciones

platenses durante el siglo XVI y posteriormente no podían anunciar ninguna democracia, que es esencialmente norma y buen orden. No se descubre en la Argentina colonial ninguno de los principios vivos de las democracias modernas, basadas en un concepto de hombre enteramente distinto del español. No puede confundirse la democracia con la soltura y el "me da la gana" hispánicos, en los cuales ya vió Ganivet un rasgo característico de lo español. En las rudimentarias poblaciones pamperas del siglo XVI, y entre gentes que en nada constitutivo se distinguían de sus compatriotas, no pudieron nacer formas de vida propias de la otra rama de la civilización europea, que ni entonces ni luego influyó hondamente sobre ningún país hispánico.

Las turbulencias aludidas y las subsiguientes fueron formas negativas de vivir que no condujeron a un total nihilismo, gracias a la fácil naturaleza circundante, espléndida como en pocos lugares de la tierra. En último término, si se quiere que el espíritu desasosegado de la colonia tenga su máxima expresión en el corte

de los lazos políticos con España, en 1810, lo concedemos, para decir en seguida que aquel tránsito no significó que la Argentina ingresara en ninguna democracia, si con ello se alude a ciertas formas de democracia novecentista, europea o norteamericana. La independencia de la América española no significa que la España trasatlántica emprenda un camino de libertad y progreso, en contraste con "la esclavitud y la barbarie" de tres siglos de "usurpación". La verdad fué que el Imperio español se rompió y se desmoronó tanto en España como en América; lo que luego acontece es consecuencia de haber sido Imperio y de haber dejado de serlo para siempre. La historia posterior de lo que un tiempo fué mística y solicitada unidad dependerá de la situación y función de cada una de aquellas porciones dentro de lo que fué Imperio, pues la historia, a su vez, no es sino una serie de unidades y coordinaciones ideales.

Los actores de la independencia americana, y quienes luego forzosamente tenían que dejarse arrastrar por la ineludible retórica de tales fun-

ciones, no podían contemplarse a sí mismos como nosotros los vemos ahora. La emancipación de los Estados Unidos fué resultado de una crisis de crecimiento y madurez, a fin de realizar algo valioso, al parecer imposible bajo la ley de Londres. La independencia hispanoamericana fué la desintegración de un organismo exhausto, tan exhausto en Madrid como en las ciudades hispanas del Nuevo Mundo. El caudillo de la revolución norteamericana pasó naturalmente a ser jefe de los nuevos estados, cuya prieta unidad revelaba lo normal de su desarticulación política. Los caudillos hispanoamericanos — San Martín, Bolívar — se vieron repelidos por las sombras de países a que daban vida legal, y cuya desbandada y atomizamiento decían bien claro el sentido históricamente anormal del fenómeno. El proceso de autodestrucción siguió desarrollándose durante el siglo XIX — guerras civiles, montoneras, cuartelazos, etc. —. En algunas zonas importantes del ex imperio aun no se interrumpió el proceso de descomposición, de autofagia.

III

Hemos visto cómo unas bien conocidas circunstancias hicieron de los países platenses zonas hasta donde el latido del Imperio hispano llegaba ya sin brío. España se instala en aquellas regiones, o desiertas o pobladas por indios culturalmente insignificantes, con finalidad táctica o preventiva. Durante dos siglos Buenos Aires, y desde el siglo XVIII Montevideo, quedaron casi excluídas del tráfico oficial con las Indias, que España dirigía hacia otros lugares. Al contemplar hoy la esplendidez y las posibilidades maravillosas de ambas ciudades, lo ocurrido antaño semeja un absurdo, si bien dejamos de asombrarnos al reflexionar sobre lo que tuvo que ser la relación entre España y sus

estados de ultramar. A la luz de ideas que luego triunfaron, aquella política ha sido ocasión de críticas y vituperios. A tal política se debe, sin embargo, la esplendorosa civilización española en América — ciudades, grandeza, arte, ilustración, poesía. Tómese el mismo ángulo, y obsérvese así la América anglosajona, francesa y holandesa del siglo XVIII; no descubrimos entonces un solo edificio que pueda incluirse en la historia del arte, ni libros como los de Bernal Díaz (entre otros) capaces de atraer la atención desinteresada de un moderno. En 1800, Méjico, ciudad archiespañola, superaba a Madrid en grandeza monumental y artística, si se prescinde de las galerías de pinturas de los reyes y de algunos aristócratas. Las bibliotecas de Méjico poseían libros de alta calidad. En 1600, con licencia de la Inquisición — ¡oh ironía! — van a Méjico casi mil volúmenes entre los que encontramos a Copérnico, Telesio, Fracastoro, Erasmo, clásicos griegos, toda la física y la matemática europeas. Y no sólo en Méjico acontecía esto. Las cortes virreinales proyectaron su brillo sobre muy le-

janos lugares, y disciplinaron, *more hispano,* gran parte de la América española. Del eco remoto de aquellos respetos, todo lo vagos y atenuados que se quiera, siguió viviendo Hispano-América. Para no destacar sino el rasgo que me interesa, observamos que la distinción entre lengua culta y lengua plebeya necesita basarse forzosamente en la noción de nivel dentro de las clases sociales, en un mínimo de jerarquía: nobleza, riqueza tradicional, ilustración profana y eclesiástica, etc. Donde esto claramente existió, no hubo ni ademán de crear una literatura a base de lengua rústica, aunque en todas partes eran más los que hablaban como la plebe campesina, es decir, igual que los gauchos rioplatenses. A pesar de las anarquías y revoluciones que han sacudido todas las repúblicas y republiquetas hispanoamericanas, hubo algo en el aire que impidió conceder beligerancia expresiva a la lengua del vulgo ineducado, que en todas partes dice *naide, haiga* y *pior.* Al escribir para el público el escritor, bueno o desastrado, se incluía siempre en la clase de los señores.

Bartolomé Mitre caracterizó exactamente la Argentina colonial:

> "Como en realidad no había pobres ni ricos, siendo todos más o menos pobres, resultaba de todo esto una especie de igualdad o equilibrio social que entrañaba desde muy temprano los gérmenes de una sociedad libre, en el sentido de la espontaneidad humana".

He aquí un excelente texto de Arturo Capdevila:

> "El nuestro fué pueblo pobre; pueblo de pastores en que hasta los amos tenían algo de pastor. Viejos nombres que ahora mismo damos a prendas nuevas del indumento denotan que las modas se demoraban mucho en llegar hasta aquí. Por eso llamamos media al calcetín, pollera a la falda, saco a la americana. El voseo — ese arcaísmo — es una antigualla parecida, que de puro pobres no supimos sustituir a tiempo... Tuvimos los riesgos de la incultura y muy escasa defensa de la inteligencia".

No menos exacta es otra afirmación de Ramos Mejía, en su *Historia de la evolución argentina*:

"A esta pobreza material debía corresponder la modestia de las costumbres y la humildad de las condiciones. Así se explica el hecho de no aparecer entre nosotros *un solo título de nobleza*".

Alberto Palcos nota en *La Prensa* (9-6-1940):

"Se calcula que en 1812 no llegaban a diez los criollos poseedores de ochenta mil pesos cada uno".

Todo ello se inscribe dentro de las circunstancias históricas antes mencionadas, enlazadas con el modo de existir Buenos Aires desde sus comienzos. Puertos espléndidos, como Buenos Aires y luego Montevideo, se vieron obstruídos para el comercio, hasta que en 1778 fué rectificada aquella política, tan funesta como inevitable. La aduana seca de Córdoba interceptaba el comercio entre Buenos Aires y los dominios del interior, a fin de proteger la vía legal del Darién que, por el Pacífico, alcanzaba el Perú, e imponía así precios fabulosos a los habitantes de aquellos reinos. Mas como la necesidad de vivir desborda la ley, sobre todo cuando ésta carece de medios para ser efectiva,

la única solución para Buenos Aires fué el desorden legal. La incipiente ciudad tuvo que hacerse contrabandista, y a ella acudieron pobladores irregulares, portugueses del Brasil, judíos conversos. En 1619, de cincuenta extranjeros, cuarenta y seis eran portugueses, lo cual da razón de los muchos portuguesismos y brasileñismos aclimatados en Buenos Aires, que no se hallan en otros lugares de Hispano-América. Muchos de ellos aluden a cosas rústicas o a relaciones humanas elementales, a veces toscas. Dado el sistema dentro del que habían de proceder españoles y portugueses, el negocio no podía por sí solo crear un vivir normal y ascendente; el plano horizontal de aquella sociedad, por otra parte, no podía suscitar prestigios ni democracia, según empezaba a acontecer en los pueblos holandés y anglosajón, con una religión para este mundo, en la cual el trabajo prosaico y cotidiano hacía funciones de sacramento. Lo español tenía, pues, que moverse entre grandeza y miseria, entre prestancia áurea y señorial, y picardía de escaleras abajo. Buenos Aires ingresó en el siglo XVII

bajo el signo de la picaresca; sin ligazón fecunda con España o con lo más alto de América, la indisciplina social se convertirá en un modo de existir. El primer gobernador de Buenos Aires, Diego de Góngora, es un contrabandista, que utiliza en Lisboa sus propios navíos para introducir mercaderías prohibidas en la tierra de su gobernación. La consecuencia de ello se ofrece en un proverbio: "Si el abad juega a los naipes, ¿qué harán los frailes?" La autoridad real se relaja, y el desmán se generaliza. Todo contribuye a que la gobernación del Río de la Plata no sea entonces destino muy apetecido. En 1629 Pedro Esteban Dávila acepta con displicencia el cargo de gobernador, "sin atender a que será puesto inferior a otros en que estuvo consultado ['para que estuvo propuesto']". Dávila, dice, combate el cuatrerismo, que consideraban "uso y costumbre de estas partes, y no ser delito". Acusado por sus víctimas o sus enemigos, huye a España en 1638, y justificándose ante el rey manifiesta que "como no hay cosa en aquel puerto tan deseada como quebrantar las órdenes y cédulas

reales, ha sido el lance forzoso que el gobernador que, sólo trata de observarlas, hubiese de romper con todos". Mas todos eran unos, porque en 1651 otro gobernador, Lariz, sigue practicando el contrabando. Salvo contadas excepciones, la de José Garro, por ejemplo, hay que llegar al siglo XVIII para encontrar autoridades altamente respetables como los virreyes Cevallos y Vértiz.

El poder central no había elevado a virreinato el gobierno del Plata a causa de la importancia de aquella inmensa región, en sí misma, sino para atajar a los portugueses en su pertinaz propósito de instalarse en la margen izquierda del río, en la Colonia del Sacramento. El nuevo virreinato, por lo demás, no llegó a adquirir esplendor alguno. Levene ha notado que la subasta del mobiliario del último virrey, Hidalgo de Cisneros, no produjo ni cuatro mil pesos. "En el Plata — añade — no existió la pomposa corte de los virreyes del Perú, ni el estado económico y social se prestaba a semejante corrupción". Yo doy otro sentido a lo que Levene denomina "corrupción".

Mas aunque ni el lugar ni aquel momento del siglo XVIII permitiesen ya a Buenos Aires contemplar el espectáculo de la auténtica grandeza española, no aconteció lo mismo con las maneras de la cultura, fundadas entonces, en cuanto a lo moral, en el principio de que vivir acertadamente depende de la justeza y abundancia de los conocimientos de cada cual. El siglo XVIII pretendió alzar el tinglado del mundo sobre una armazón de razonamientos. Con fervor casi religioso se averiguan y amontonan saberes, difundidos luego con finalidad educativa. Don Félix de Azara, junto con otros, emprende la tarea inmensa de investigar la naturaleza americana. Tras el fracaso de su civilización tradicional, en el terreno político, social y económico, los españoles intentan desplazar el polo de sus vidas. Jovellanos y otros aristócratas de la inteligencia aspiran a culturizar las cabezas hispanas, en forma tan noble como ingenua. A Buenos Aires le alcanzan destellos de la luminosa cruzada. Se dictan ordenanzas para convencer a los indios de lo útil de trabajar en cierta manera, para

provecho propio y ajeno. Se crea el colegio de San Carlos, y unos cuantos criollos se informan de lo que corre por los libros españoles y extranjeros del tiempo. Feijoo, Cadalso y Jovellanos fueron leidísimos. Por su parte, la aristocracia española reunía bibliotecas exquisitas, sobre todo en el Norte de España, y de las prensas madrileñas de Ibarra salían volúmenes de una belleza sin precedente. El francés es entonces el instrumento de la mejor cultura, y se ciegan casi enteramente las vías de la exaltación lírica y trascendente, con lo cual el pasado español comienza a hacerse ininteligible y a ser maltratado. Así tenía que ser.

Los anteriores supuestos hacen comprensible la historia americana de fines del siglo XVIII, que de nuevo aparece como aspecto de una misma y única sustancia vital. Esporádicamente siempre hubo y hay en el mundo hispano mentes claras y heroicas, aptas para tomar distancia respecto del torrente histórico en que sus mismas vidas se hallan inclusas. Esa pretensión de remontar las aguas caudales es un rasgo de nuestra historia, tan esencial

como el hecho mismo de aquella su corriente mayor. Hay que trenzar ambos fenómenos para no extraviarse en medio del juego contradictorio y paradójico de tales sacudidas. No olvidemos que todo hispano con dos adarmes de cerebro y de corazón vivió siempre cogido por la inexorable tenaza de aquella doble necesidad.

Mas lo que importa destacar ahora es que, ni en España ni en el Plata, el movimiento cultural del siglo XVIII en nada decisivo podía modificar el curso más profundo de la historia, la manera de ser de la gente, la cual siguió siendo la de siempre, aunque privada ya del alimento trascendente que la había mantenido erguida durante casi tres siglos. En otros países europeos, muy por el contrario, el siglo XVIII significó para las clases inferiores la ocasión de sumirse en lo que había de ejemplar en las virtudes de la clase superior. Mediante orgánicos y graduales acercamientos se fraguó lo que un día había de ser la Europa mayor del siglo XIX, hoy desvanecida.

En oposición con el resto de la cultura oc-

cidental, el mundo hispánico, a ambos lados del mar, siguió rumbo contrario. Una constante de nuestra historia es que siempre acabó en tragedia el intento de torcer los hábitos de sus gentes para hacerlas ingresar en cualquier sistema de ordenada discreción, sometido a leyes racionales y fundado en jerarquías basadas en valores internos. Por un momento se tiene la engañosa impresión de que algo se ha conseguido. Muy luego, sin embargo, estalla la sojuzgada espontaneidad, a veces en lúgubres saturnales. He aquí algunos ejemplos. El llamado movimiento erasmista del siglo XVI, fundado en libre espiritualidad junto con otros utópicos refinamientos, fué seguido de una violenta compresión, con una prima al vulgarismo intelectual, llevado a la cumbre en el proceso de Fr. Luis de León. Más tarde, en el siglo XVIII, una oleada de ciencia y educación parece henchir todos los ámbitos del interés humano —realeza, aristocracia, agricultura, hasta esas aldeas en que aun era dable encontrar lavaderos públicos labrados bajo los auspicios de Carlos III. Nunca se vió mayor

fervor constructivo. La vibración poderosa de aquel movimiento alcanza los últimos confines de América, y de sus últimos ecos vivió la cultura española y americana hasta bien entrado el siglo XIX. Pues bien, aunque tomándose algún tiempo, la réplica de los manes exasperados se hizo oír. Signo premonitorio en España fué el indefinido encarcelamiento de Jovellanos, tan en armonía con la prisión del dulce Fray Luis. Todo el esfuerzo dieciochista fué barrido por las olas del instinto bajero, que braveaba por igual entre pobres y ricos, nobles y plebeyos —cortes de Carlos IV, de Fernando VII, el carlismo. La respuesta argentina a tal reacción es el calvario de Rivadavia y sus afines, llenos de cultura libresca e internacionalista, aunque el conflicto allá se adapta a las condiciones especiales de tan inmensa y despoblada tierra. A pesar de ello, los caracteres hispánicos de aquel trastorno son bien visibles: la revolución de 1810 se hizo contra Fernando VII, pero ¿qué es Rozas sino la versión argentina de Fernando VII? Luchan federales y unitarios junto al

Plata, como carlistas y cristinos en la Península. Los hombres mejores en ambos países debieron sus vidas a la emigración.

Mas volvamos a rememorar los riesgos incurridos por los proselitistas de la cultura. A mediados del siglo XIX, España reincide en su propósito de ilustrar a sus gentes. Sus héroes se llamaron krausistas; muchos los tildaron de malos españoles, y de enemigos de una tradición multisecular. Entonces, Don Francisco Giner, lo mismo que Luis de León y Jovellanos, fué arrastrado a una cárcel, no obstante hallarse muy enfermo, por el delito de pensar en una cierta forma. Ninguno de esos tres hombres —Fray Luis, Jovellanos, Giner— fué un revolucionario, ni rebasó las líneas mínimas de las libertades toleradas en su tiempo.

La digresión anterior tal vez ayude a comprender mejor ciertos aspectos de la historia argentina, que se desenfoca al ser contemplada como fenómeno aislado, y no como aspecto de algo más profundo. Las masas de gauderios o gauchos fueron lo que tenían que ser, dadas las circunstancias geográficas y econó-

micas, especialmente hallándose ausente la relación espiritual con el resto de los dominios hispánicos. El tenue reflejo de la cultura dieciochista que alcanza hasta el Plata, influyó en individuos aislados, mas dejó intacta —ni más ni menos que en España— la masa rural y ciudadana, encallada en un vivir elemental, sin disciplina interior, y sin la menor tradición de aquel otro género de disciplina a que antes me he referido [1]), basada en unos prestigios que en manera alguna podía ahora sustituir la filosofía de las luces. Cada cultura posee su especial modo de orientación, y la hispánica fué así. Por esa causa, el siguiente buen pasaje de Capdevila, aun siendo exacto, me parece que cobrará otra significación a la luz de lo antes dicho:

> "Casi en las vísperas de la revolución hubo, por fin, un Vértiz progresista en Buenos Aires. Y todavía quiso nuestro destino que, iniciada la ímproba labor cultural de los prohombres de Mayo, obras y

[1]) En España perduró la tradición literaria; la monarquía y la sociedad con abolengo conservaban la jerarquía de las maneras, entre ellas la del lenguaje.

> proyectos fuesen desbaratados por Rosas. Todo el Buenos Aires culto de 1810 decía de *tú;* todo Córdoba también. Mas, venido que fué el tirano, se retornó al voseo. Que también hubo de parecer el voseo una adecuada forma de adulación y bajeza federal. ¡Victoria oscura de la barbarie sobre la cobardía!"

Me encantaría que la noble y generosa humanidad de mi amigo Capdevila estuviera aquí en lo cierto; mucho me temo, sin embargo, que Rozas fuera un simple y tremendo símbolo, un símbolo de la siniestra y auténtica vitalidad de abajo, frente a la espectral de arriba. La cultura del siglo XVIII, en último término, sirvió más para excitar los instintos rurales que para amansarlos. El conflicto entre lo que para un ambiente hispano sonaba a abstracta ideología y la vitalidad elemental —sustentada en una tradición de autoridad desvanecida— fué zanjado por las degollinas de Don Juan Manuel de Rozas. La violencia escaló la altura que la vitalidad desparramada había dejado desierta.

El auge y triunfo del rozismo (1830-1852)

coincide con la reinstauración del *vos* entre quienes usaban el *tú*, lo cual prueba que no estaba hondamente anclado entre ellos. La lengua más baja se valoriza, pues no se convive impunemente con los vencedores, sobre todo cuando los derrotados no poseían volumen vital suficiente para desalojar a la masa vulgarizada, ni antes ni después de la batalla de Caseros (1852), masa que fué decisiva en el juego de las peripecias políticas y militares. Por tal motivo, los escritos en lenguaje rústico o plebeyo del siglo XIX argentino no pueden compararse con el revivir dialectal de algunas hablas raras o pintorescas para la mayoría de las gentes, según se vió en el Romanticismo, afanoso de costumbrismo y peculiarismo. Donde eso ocurrió tuvo siempre carácter de rasgo marginal o de broma literaria, incapaz de adquirir proporciones de solemne nacionalismo. La corriente gauchesca no traía a la ciudad ecos de vida lejana, aureolada de remoto lirismo; la llamada literatura gauchesca vino a dar un "bill de indemnidad" a ciertos aspectos del existir bonaerense que he anali-

zado en lo anterior. Quienes escriben en rústico gozaron desde el comienzo de resonancia considerable —Hidalgo, Ascasubi, Del Campo, Hernández, poetas, cuya obra continúan hoy bastantes prosistas. Del rusticismo poético dice el profesor Giusti: "Nada hay, sin embargo, en nuestra literatura más espontáneo y *genial*, en el sentido de cosa de la tierra y de la raza, que esta creación poética". Ahora bien, todos saben que las palabras rústicas usadas en la Argentina pertenecen a todos los pueblos de habla española; muchas de estas palabras aparecen en Cervantes o en Santa Teresa, que las usaron cuando aun poseían prestigio literario y expresivo. Sólo en el Plata lo rústico a secas brincó en serio sobre el tablado literario. ¿Y por qué había de ser así, cuando nada particularmente argentino ofrecen las formas rústicas del español usado allá? Esa lengua no se usaba en regiones, social o geográficamente distantes, que el escritor acercara a un público muy alejado de ellas, con fines líricos, de caracterización localista, para lograr efectos cómicos, etc. Lo ocurrido fué

que el ruralismo se había hecho urbano, casi normal; había que transigir con su fuerza, e incluso utilizarla para efectos sociales y políticos —no sólo artísticos. Ascasubi escribió en prosa aquella gaceta, titulada *Aniceto el Gallo*, en lenguaje de la plebe. No se comparen, ni de lejos ni de cerca, tales escritos con los de un López Silva en el Madrid del siglo XX, cuyo tema esencial es el verbalismo chulesco, y no el contenido de lo que digan los chulos; López Silva inventaba expresiones que luego se aclimataban entre la plebe de los barrios bajos, en cierto modo como Carlos de la Púa hace hoy en Buenos Aires. Nada de eso tiene que ver con discutir de veras la política de Rozas y luego la del General Urquiza en una especie de periódico redactado en lenguaje inculto. Ascasubi sabía escribir cultamente, cierto, mas para él el salto psicológico de una a otra lengua era tan breve como para sus lectores. La ausencia secular de barreras jerárquicas hizo posible ese hecho literario, único en el mundo hispánico, como más tarde haría posible para el emigrante babélico

el desbarrar impunemente en cualquier lugar de Buenos Aires, por alto que fuera. Lo gauchesco significa el desborde de la vitalidad rústica, por ausencia de fuerzas que la modelen hacia arriba: el desbarajuste actual se debe a desparrame de fuerzas que no han sido canalizadas [1]).

La razón posible de la literatura gauchesca no es, pues, el que hubiera gauchos, ni que

[1]) He aquí una excelente página de Eduardo Mallea: "Estos hombres [los emigrantes] que vinieron gritando su aspiración de riqueza, no lo olvidemos, venían de terribles anarquías morales, de pobrezas indecibles, de órdenes europeos llegados a su crisis y a su disolución. Con su ansiedad liberatoria ¿qué podían traer a otra tierra? ¿Creéis que principios en que basar una nacionalidad, un mundo armónicos? No. El orden no comienza en una evasión hacia la comodidad, sino en una conciencia de cierto sacrificio para cierto fin... Esos hombres llegados de fuera nos traían con sus cabezas rubias y esos ojos en los que perduraba el sufrimiento de quién sabe cuántas generaciones un elemento de vida, de energía..., significaban un material humano plástico. ¿Pero quién, cómo iba a darles ese orden? ¿Cuál iba a ser la matriz capaz de plasmarlos, de darles una forma total, de imponerles una gestación adecuada a la forma, no de un mero destino material, sino un destino en que lo espiritual y lo económico tuvieran la misma unidad viviente, el mismo ardor... A medida que el contingente humano de extranjeros iba nutriendo más caudalosamente nuestro suelo, ...nuestra forma espiritual iba debilitándose explícitamente en toda la superficie del país" (*Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, 1937, página 97).

éstos adquirieran gran importancia durante las luchas del siglo XIX, porque en toda Hispano América, sus abundantes revoluciones y guerras civiles se hicieron con contingentes predominantemente rurales, y no por eso decidieron las clases directoras corresponder al esfuerzo popular imitando sus maneras de decir. Las luchas por la independencia y las guerras civiles posteriores contaron con elementos semejantes a los gauchescos en otros pueblos hispánicos; se dieron en ellos injusticias e iniquidades como las padecidas por el gauchaje, y sin embargo la lengua plebeya no logró alzarse al rango de literatura preciada y gloriosa, lengua, hay que repetir, en nada divergente respecto de la hablada por la gente inculta desde Nuevo Méjico a Punta Arenas. La Argentina —más bien Buenos Aires— tomó una actitud peculiar en el caso literario gauchesco, por los mismos motivos que antes de 1810 las márgenes del Plata se diferenciaban del resto de la España ultramarina en su estructura y en su rumbo vital —ya desde el siglo XVIII. En la vida colectiva, lo mismo

que en la individual, nada se extingue, todo es "suma y sigue". Los hechos movedizos y en apariencia cambiantes no forman la espina dorsal de ninguna historia; la razón de aquéllos, su sentido permanente, hay que buscarlos en la constancia, en el sentido mismo de ese movimiento. En otro caso, la historia se convierte en un juego de marionetas, en algo que no es historia. Cada nuevo alud de advenedizos ha podido cultivar en la Argentina su anárquica espontaneidad, no porque el advenedizo la trajera, sino porque la encontró. De ahí que cada generación pueda declararse insolidaria de la precedente, rompiendo la "notion de durée" bergsoniana, clave del individuo y de los países como seres históricos, sin la cual noción no hay memoria ni conciencia de personalidad. No me parece que se hacen cargo de tal problema quienes escriben, por ejemplo, que

> "la vida argentina es tan cambiante, nosotros destruímos nuestra construcción y levantamos otra con tanta presteza, que Groussac anota con verdad este hecho su-

gerente: no es un tipo argentino nuevo, sino una nueva Argentina la que nos aparece a la vuelta de cada generación".

Mas esto es dejarse llevar de las meras apariencias, porque si no hay algo constante y sostenido a lo largo de la vida argentina, entonces no hay historia argentina, y yo creo que sí la hay, aunque mi propósito inmediato no sea ahora decir en qué consiste.

Los historiadores argentinos suelen aplicar al pasado de su país conceptos que no sé si casan bien con el objeto que se trata de explicar. A Ricardo Rojas no ha dejado de llamarle la atención el que se haya buscado en el localismo campesino materia de expresión literaria; la razón sería que el culto del gaucho fué "el más eficaz fundente democrático de todas las clases coloniales y de todas las regiones argentinas" (*Hist. liter. arg.*, IX, 615). Gauchaje y democracia vendrían a ser, por tanto, valores equivalentes. Lo grave es que yo no sé si lo que se llama democracia (convivencia culta y humana, regida por la voluntad de los más, con respeto para los menos) ha existido nunca

en ningún pueblo hispánico. Lo que parece haber acontecido durante la primera mitad del siglo XIX fué que la ciudad se dejó absorber por los de abajo; el tema, el hilo efectivo de la historia argentina, fué entonces la auténtica vitalidad de los de abajo, y sobre ella se apoyaron tanto Rozas como sus enemigos (Ascasubi), sin que nadie estableciera un orden político-moral, sostenido por frenos y jerarquías. A veces el vivir colectivo consiste en un prolongado "modus vivendi", sostenido por el desarrollo de la riqueza material, originada en la providísima madre tierra, no procedente de trabajo creador, inventivo, que demanda todo un sistema de ideas y de impulsos audaces. Ausentes las fuerzas directivas —ni como eco del pasado, ni como invención del presente—, queda el vaivén de las pasiones elementales, masas temblonas y fragmentadas como azogue. Surge entonces lo único posible, el tirano, condensación de la energía sin rumbo de la masa, que él no encauza, porque no es guía sino mole aplastante, ingente aparato

ortopédico que mecánicamente, bestialmente, enredila el rebaño que se desbandaba.

Cuando se esfuma el confín entre lo alto y lo bajo, lo bajo lingüístico deja de parecer tal, sobre todo si quienes hablan así llevan sobre sus hombros el fardo del vivir nacional. La historia argentina durante el siglo XIX descansó sobre el brío de su pueblo menos culto. Es todo un símbolo que el rechazo de la invasión inglesa en 1806 ocurra hallándose infelizmente huído el virrey Sobremonte. Desde entonces todo lo que es decisivo en la vida argentina acontece gracias a la fuerza de los nada instruídos, fuerza caótica, elemental y auténtica. Ese brío instintivo y elemental caracteriza, por otra parte, a los hombres más representativos de la historia argentina —Sarmiento, Facundo, Rozas, La Madrid, Mansilla, y cien más, rezumantes de primitivismo, encarnación de impulsos y no de procesos estructurados. El coronel Mansilla, en 1871, llega a encantarse con los salvajes ranqueles, y se pregunta en una ocasión si no existiría entre ellos una civilización más moral que la

de la ciudad. El poeta Juan María Gutiérrez declara que "el uso del vulgo es la ley suprema del lenguaje", sentencia que, si es horaciana en su abolengo, suena aquí más a espíritu de rebeldía que a doctrina. Cuando Ascasubi se lanza a escribir en el lenguaje de la plebe, es mínima la distancia vital, emotiva, entre sus lectores y su estilo.

La posteridad se encargó de cohonestar y justificar la gauchofilia, buscando una perspectiva en lo que en realidad significaba una inversión de aquélla. Se creó así un falso espíritu nacional y patriótico, favorecido por la tendencia hispánica al ilusionismo fácil, al enajenamiento colectivo, cuando éste mece y adormece el afán de mayor esfuerzo. Lugones piensa que "el alma argentina ensayó sus alas y su canto de pájaro silvestre en tu madero sonoro (es decir, en la guitarra) . . . con cantos donde sintióse original, que es decir, animada por una vida propia". Estas frases, ingenuamente amaneradas, van seguidas del intento de comparar la poesía gauchesca con ciertas formas poéticas de la Grecia antigua. Así

discurriendo, la historia se desquicia, y hasta se hace difícil percibir lo que hay de efectivo encanto en *Martín Fierro* o en *Don Segundo Sombra,* obras admirables, si se prescinde de la mística gauchofilia en que suelen encuadrarlas. En toda América hubo tierra, en una u otra forma propicia; hubo masa popular con músicas y cantares expresivos de su alma, con un lenguaje rústico parecido al del gauchaje. No es por tanto ahí en donde cabe hallar la singularidad platense.

Demos un rodeo geográfico para aclarar más nuestro problema histórico. La América Central, con exclusión de Costa Rica y Panamá, usa el *vos* por *tú* tanto entre las clases acomodadas como entre la plebe [1]). Es abrumadoramente india la población de aquellos países, alejados en lo antiguo del centro virreinal mejicano y de las rutas mayores del imperio español. Costa Rica y Panamá, afectadas por el gran tráfico de las Indias, o próximas a él, usan el *tú,* o generalmente, o por lo menos entre las personas educadas. Por otra parte, no existe en Centro América una literatura vertida audazmente en la lengua rústica, ni críticas acerbas del voseo, según acontece en la Argentina. A nadie le calienta la pluma ni la cabeza el que hablen de *vos* en Honduras o Guatemala, aunque debiera preocuparnos —mas esto es un problema distinto. En dichas regiones el *vos* vive como una pasiva decantación del tiempo inmóvil, y sospechamos que una intervención escolar, encauzada con tino, corregiría tan desaseada costumbre más o menos pronto, porque el popularismo lingüístico en Centro América es resultado de inercia, de languidez vital. Lo propio de Buenos Aires, por el contrario, es su rebelión contra la acción educativa, es su engallamiento agresivo contra la intensa acción de la cultura, prodigada por los mejores desde hace más de medio siglo. La presión de la escuela —un Sarmiento—, diarios como *La Nación* y *La Prensa,* el contacto con Europa, la riqueza desbordante tenían que haber com-

[1]) Utilizo el excelente mapa del voseo, trazado por los señores Tiscornia y Henríquez Ureña, en el libro del primero de ellos, *La lengua de Martín Fierro,* Buenos Aires, 1930.

pensado la incultura y la gringuería del aluvión inmigratorio. Somos muchos los que hemos dicho notoriamente en lo que va de siglo que el voseo bonaerense es un absurdo, y al porteño le entró por un oído y le salió por el otro. Sabe muy bien que su *sentate* y su *vos sos* son vulgaridades añejas; sin embargo, piensa que el plebeyo *vos* es el colmo de la argentinidad, porque en último término no le indigna demasiado la "guaranguería" [1]). La consecuencia de lo anterior es que en la América Central el voseo es resto inconsciente del pasado; en Buenos Aires, se afirma dinámica y agresivamente, como una activa resistencia.

El que el *vos* sea en último término fruto del desplante y desgarro de los de abajo parece hallar confirmación en el hecho de que Montevideo vosee menos que Buenos Aires. Todos lo hemos notado, y ahora lo dice con su autoridad Tiscornia: "Es mayor el progreso del *tú* en Montevideo que en Buenos Aires". Aho-

[1]) V. J. Ortega y Gasset, *El hombre a la defensiva*, en *Obras*, I, 630. A. J. Battistessa, *El guarango*, en *Agonía*, Buenos Aires, I, 1939, pág. 75.

ra bien, Montevideo no se distingue de Buenos Aires ni racial, ni histórica, ni inmigratoriamente. El esfuerzo educador en Buenos Aires no ha sido menos intenso que en la ciudad hermana. La única diferencia que observo es de mera y sutil psicología colectiva: la gente de Montevideo se muestra menos alardeante y desatada que la de Buenos Aires. La ciudad oriental es más reducida, menos grandiosa que su vecina; se siente un tanto cohibida, algo así como el pariente pobre, que observa sus propias maneras y procura distinguirse espiritualmente, ya que no puede exceder en riquezas a su pujante rival. Montevideo fué llamada "la Holanda de América"; cultiva la tradición de su Rodó, es una ciudad recogida, aseadísima, elegante, dentro de su modestia. Hay un no sé qué de grato en el aire de Montevideo, que no sabría explicar sino recordando la mesura del teatro de Alarcón frente al desborde de Lope de Vega, admirable, pero torrencial y sin selección. Por este camino se explicaría cómo el *vos* retrocede en Montevideo y se desmanda en Buenos Aires.

FAHCE Biblioteca Central
Nro. Inv. 87837

Vuelven a aflorar aquí circunstancias que una historia psicológica debiera escudriñar cuidadosamente, con más ocio del que yo ahora tengo. Antes de la gran irrupción inmigratoria, dos tipos de hombre se destacaron en el Plata: el campesino, gaucho o resero, sometido a todas las intemperies físicas y morales, y el modesto negociante de la ciudad. No fué el gauchismo ciertamente un oficio "de tout repos", bien que esencialmente distinto del de "pioneer", transformador de ambientes mediante el arma formidable de la técnica. El gaucho soportó bravamente todas las inclemencias del cielo y de la tierra a trueque de un manojo de bienes elementales; cruzó con su pingo inmensas e inhospitalarias distancias, sin apenas transformar el mundo en torno a sí. Su vivir fué un duro deporte, entreverado de holganza y dejadez, sin ensayo de nuevos rumbos. Heroicamente se encara con la adversidad, aguarda que el destino venga a su encuentro y en espera de él se sume en sí mismo mecido por el eco de sus cantares. Ignorando toda empresa colectiva, de muy poco

le sirve el indio, competidor suyo en el disfrute de la pampa ganadera; así, lo ahuyenta o lo extermina, ejercicio en el que adquiere fortaleza y arrojo extraordinarios, que usa igualmente para defenderse de sus coterráneos blancos. Las guerras y peripecias civiles del siglo XIX siguieron sosteniendo su energía, junto con el gusto por la aventura, y así se forjó en el Plata un tipo de hombre blanco sin igual en las demás regiones de lengua española.

Frente al nómada inquieto y rebelde a cualquier disciplina, el habitante de la ciudad apenas conoce otro estímulo fuera de la menuda ganancia. Ya en 1773 notaba Calixto Bustamante (Concolorcorvo) respecto de Buenos Aires:

> "No he sabido que haya mayorazgo alguno, ni que los vecinos piensen más que en sus comercios, contentándose con una buena casa, y con una quinta que sólo sirve de recreación".

Félix de Azara completa la descripción:

> "... apenas nacen, los niños son entregados a negras o pardas, y después a mulati-

llos, de quienes aprenderán la falsa idea de que el dinero es para gastarlo, y que ser noble y generoso consiste en derrochar, destrozar y en no hacer nada".

Refiriéndose al Buenos Aires de hacia 1870, alude Lucio Vicente López en *La gran aldea,* a:

"...aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia".

Esta clase social no hubiera podido estructurar a la Argentina, que se hizo nación, sobre todo, por el ímpetu de los de abajo en maridaje con una naturaleza maravillosa. De ahí nació lo bueno y lo malo del país, un cierto "bagualismo" ancestral, que cada generación recibió de la anterior como legado de indisciplina. El orden fué instaurado por un Estado policíaco, y sostenido por el empaque y la exterioridad sociales. Lo propio del Plata no fué la guitarra melancólica que, más o menos, suena igual por dondequiera en Hispano-América, sino la suficiencia audaz de quien la punteaba. El hombre de afuera, el "pajuerano", impuso su ley a la ciudad; una vez en

ella, llegó a ser importante antes de ser culto, sin necesidad de serlo. Y a comienzos del siglo pasado, la Francia y la Inglaterra (como entonces decían) iniciaron el cortejo y la seducción de aquellas márgenes a las que afluía una riqueza varia e incalculable. Gentes de poncho y chiripá rechazaron a los ingleses, quebraron el dominio español, se sacudieron la carga enojosa del caudillo de su independencia, arrollaron a los culturizadores de frac y silla inglesa, que usaban el *tú* y no el *vos;* instauraron una feroz dictadura a base de increíble plebeyismo, contra la cual nada consiguió Europa, y que impidió la atomización del país y casi logró la fusión con el Uruguay. Ése fué el cimiento de la Argentina que atrajo al inmigrante y saboreó los lujos del bienestar. Los Facundos, los López, los Rozas, los Artigas, y cientos como ellos crearon las nacionalidades platenses en pugna con los hombres leídos y bien hablados, quienes a la postre (ahí está Sarmiento) se rindieron al prestigio de su bárbara genialidad. El primitivismo y el brío platenses se irguieron como fuerza

estructuradora (Dios sabe a qué precio). Un día, la conciencia artística del país se encontró expresada, sin dar gran brinco, en el habla primitiva y zafia de quienes, sin sentirse ni abajo ni arriba, resultaban ser los señores de la historia platense, unos señores algo "baguales" aunque bastante prósperos, que se hablaban de *vos* y decían *pior*.

Siempre me dejó perplejo la comparación usual entre el *Martín Fierro* y las gestas poéticas de la Europa medieval, fruto de un estado de civilización que nunca más se ha reproducido y con el cual el siglo XIX rioplatense nada en absoluto tiene que ver. Se olvida, por otra parte, que las gestas medievales fueron escritas en el idioma usado por sus autores, que era el más alto posible dentro de la cultura de su medio, y no en ninguna jerga a la vez rústica y convencional. Martín Fierro no admite, pues, paralelismos que le son ajenos; él es un héroe postrromántico, gemebundo y sentencioso, sin nada de aquel aire de vuelo irreal que ostentan en su estilo el Roldán o el Cid épicos, que son poesía justa-

mente por lo que no tienen de realidad histórica e inmediata, y en la medida que superan las circunstancias elementales y cotidianas. El Cid del poema hirió la sensibilidad del poeta en el punto en que se aleja de lo que entonces era Castilla. En lejanía terrestre y extraña, y en el plano de la maravilla moral —que es otra fuga de lo sensible—, se realiza poéticamente el héroe del siglo XII. En el poema todo es símbolo y mito, y lo que no es eso es materia escasamente vivaz, como los recitados expletivos de las óperas, signo de que la inspiración del compositor está en baja mar. En el *Roldán*, la escapada mítica es tan patente, que huelga detenerse en ello.

Tampoco cabría enlazar el uso de la lengua rústica para menesteres poéticos con la vieja tradición dramática. Desde Juan del Encina aparecen los rústicos en escena expresándose como tales. Luego, la comedia y el entremés presentan negros, moriscos, tipos regionales o extranjeros, cada uno con su modo peculiar de habla. Todavía en el siglo XVII subsiste, ya estereotipada, la costumbre de poner en

boca de los rústicos palabras sayaguesas, o sea del arcaico dialecto del reino leonés, convencionalmente interpretado. Todo ello enlazaba con la tendencia renacentista a valorar cualquier forma de realidad espontánea, y al gusto por la caracterización individual (ya en el siglo XV francés, el "argot" aparece en la literatura; Montaigne apreciaba altamente la poesía en dialecto gascón). Aparte de esto, el rústico en Juan del Encina responde a sentidos muy complejos. Su presencia en escenas aristocráticas o regias suscitaba efectos cómicos, y sonaba además a glorificación de vida nueva y prometedora. El teatro religioso se secularizaba al impulso de ciertas ideas en torno a la nueva redención humana, mediante Cristo, es decir a favor del intenso mesianismo que caracteriza la época de los Reyes Católicos, según he mostrado en otro lugar. Se creía que la plenitud de los tiempos estaba próxima, y en tal atmósfera surgen las expresiones directas de lo popular, en estilo arrebatado y entusiasta, llenas de anhelo vivificador, utópico y, a veces también, de las críticas más zahirientes

de la sociedad en torno. Poco después, a mediados del siglo XVI, el pícaro da un paso al frente, engalla su insignificante figurilla, y juzga posible e interesante referirnos, en primera persona, su vida y andanzas. Con nada de esto tiene que ver el fenómeno literario del gauchismo. Hernández usa la lengua rústica porque antes la habían empleado Ascasubi y Del Campo, y sobre todo, porque la poesía gauchesca sale a luz como sublimación de la estima subconsciente de lo popular, como tema céntrico de la historia platense y como cabriola rebelde y anticultural. El gauchismo literario es la proyección idealizada, en lengua y en arte, de la época rozista, cuyos motivos y fundamentos no habían sido aventados por Urquiza en Monte Caseros. Todo ello se combina con vagas reacciones de romanticismo, favorecedoras del localismo y de lo pintoresco, aunque no pienso ahora —como antes lo hice— que esto sea lo decisivo en el caso del gauchismo literario, sólo explicable dentro del peculiarismo de la historia argentina. Ante el volumen desplazado por lo rústico en la vida

platense no cabía sino una de estas dos cosas, o superarlo y ahogarlo en cultura, o considerar su existencia como una gracia del destino. Todo lo que sabemos ahora de la historia argentina inclinaba a la última solución, a encontrar virtudes y bellezas en lo de abajo; un aspecto de la sensibilidad nacional fué así soldado con lo folklórico, que en la Argentina, por otra parte, no era tampoco del todo folklore, por no existir una raya nítida entre lo ciudadano y lo aldeano. Los extranjeros que, sin duda con razón, ensalzaron el *Martín Fierro,* han hecho el resto. Pero que ese poema encierre valías de primer orden no quiere decir que el escribir la jerga convencional de los campesinos deba convertirse en nada nacional ni importante. Esto es una aberración que en nada favorece el porvenir literario de la Argentina.

No es motivo de regocijo que hoy exista en la Argentina una cierta literatura que en sus capas más bajas "lunfardiza" y en otras, aparentemente menos vulgares, cultiva la rudeza de la lengua campesina. Con motivo del

Año Nuevo de 1940, *La Nación* de Buenos Aires publicó un número literario con colaboraciones de toda América. Los restantes países de habla española figuran ahí con cuentos y novelitas de sus mejores prosistas, concebidos en lenguaje normal y asequible a todos; la Argentina está representada por uno de sus grandes novelistas, Benito Lynch, que prefirió tratar un tema rústico, de estancia, en el cual los personajes usan los medios más bárbaros de expresión, que sólo comprendemos enteramente los familiarizados con las jergas rioplatenses:

> "El Sirirí. — ¡Digo el "San Juan" más de mi flor de todo el pago!
>
> Patricia (*distraída y sonriente, arrimándose al peludo y manso petiso del muchachito*). — ¿Ah, sí?... ¿Qué quiere decir "de mi flor"?
>
> Victoriano. — ¿No ves que es extranjera?
>
> Patricia. — No soy extranjera. Soy hija de irlandeses, pero nacida en Santa Fe".

A muchos les ocurrirá como a esta argentina de Santa Fe.

Aquí, la antigua lengua rústica se combina ya con la plebeyez italianizante, y hay plurales sin *-s* final, cosa que no tiene que ver con la aspiración de la *-s* de Andalucía, Cuba, etcétera: *Vamo, lo caballo,* etc. Pero para mí lo más significativo del cuento no es el lenguaje, que responde a los patrones convencionales de esta clase de literatura, sino este pasaje:

> "Junto al palenque de los caballos, Alejo Reyes y Marcelo Donegal, su amigo y huésped. Alejo es un muchacho de origen urbano y culto, *pero que se ha esforzado tanto por parecer gaucho, que ha concluído por conseguirlo*".

Cervantes, en un ademán de huída del mundo presenta a veces el caso de jóvenes señores que, por amoríos o espíritu de aventura, se lanzan por algún tiempo a practicar la vida picaresca, en lo cual se simboliza claramente la alternancia esencial entre el señorío y la picardía, de que la historia conoce bastantes ejemplos. Mas Cervantes flota siempre sobre sus temas, y los mancebos apicarados no llegan nunca a serlo definitivamente. En el

cuento de Lynch veo simbolizada, en un claro brote de subconsciencia, el gusto por la subversión de valores, no como tema de interferencia vital, en el que ambos extremos conservan su validez (así en Cervantes), sino como reflejo del placer de gravitar hacia abajo. Acabo por pensar que tras el prurito gauchista late el afán de huída rencorosa frente al mundo. El sueño de la vida primitiva, de la edad de oro, lo mismo que la ascética en cuanto negación vital y no ascendencia mística, están bordeando siempre el tris del complejo de resentimiento, en sus infinitas variedades.

Por fortuna, la gauchofilia literaria no es lo dominante en la Argentina de hoy, en cuanto a volumen y calidad de valores, ni lo que a la postre haya de prevalecer. Es indudable, sin embargo, que el culto siempre rendido a los temas rústicos demuestra que la ciudad aún no satisface plenamente. El campesinismo literario es como una especie de sótano que, a falta de lugar más habitable, se pretende convertir en morada de delicias. Mas el resultado es que así se confunde la originalidad artís-

tica con el calco de realidades juzgadas pintorescas, y que el estilo literario pierde carácter de auténtico presente para volverse "pastiche" y sostenido disfraz. Por ese camino el alma argentina no se hallará nunca a sí misma, porque no es ningún hallazgo el encontrarse estrechado entre el mito ya pueril de la vida agropecuaria y la melancolía del tango —tema de la derrota íntima, de la huída de sí mismo, antes siquiera de trabar pelea. El tango es la sublimación melódica del "no te metás" argentino, del regate a la vida. Por eso encanta la escapada simbólica de Don Segundo Sombra, hermoso ejemplar de energías y posibilidades represadas, hundidas porque sí en un desvanecimiento de ocaso. Hay que decirle a Don Segundo que no sea "zonzo" y que no se nos vaya; sus poderes y sus eficacias nos son más urgentes que su gusto por esfumarse tras cualquier horizonte, jugando a un pueril escondite. Si no se decide a volver, sería muy nocivo convertirlo en el héroe literario de la hora presente, como arquetipo para todos los frustrados.

IV

De la misma raíz vital que la gauchofilia proceden los esporádicos anhelos de una lengua propia, nacional; ya es un síntoma estilístico que el español o castellano hablado en la Argentina se haya denominado oficialmente lengua nacional. En los países iberoamericanos surge parecido tema alguna que otra vez, aunque más bien conversando que por escrito. Poco nos interesa ahora el fundamento objetivo de tales anhelos, ni su nulo peligro para la unidad hispánica del lenguaje. Lo que importa es percibir el motivo íntimo de esa busca de instrumentos expresivos, distintos del espléndido que cada uno tiene al alcance de su boca y de sus ojos, si practica la lectura. El motivo

no puede ser otro que el descubierto antes al examinar la gauchofilia literaria, en relación con el melancólico tango y con Don Segundo Sombra: descontento íntimo, encrespamiento del alma al pensar en someterse a cualquier norma medianamente trabajosa, escapada, espantada vital so cualquier pretexto. Se trata de crear argentinidad, por sospecha de que aún no existe como evidencia indiscutible —lo cual, sea dicho de camino, es un error, puesto que la argentinidad, lo rioplatense, está bien manifiesto en la obra magnífica de quienes prefieren hacer a imaginar, y la mejor manera de acrecentarlo es no estar dándole vueltas, morbosamente, al hecho de si existe o no existe.

La morbosa preocupación de la lengua nacional ha revestido aspectos diversos. Se manifestó por primera vez en forma ostensible con el olvidado libro de Lucien Abeille, *El idioma nacional de los argentinos,* 1900, escrito para lisonjear al criollismo en las proximidades del centenario de la independencia. Aquel buen francés hacía consistir lo "argentino" en decir *pior, vos tenés, golpiar, maca-*

na, etc. Sorprende que tales infantilismos hallaran eco entre algunas personas. El desconocimiento de los asuntos idiomáticos era casi total tanto en América como en España, con la diferencia de que en España los debates gramaticales daban ocasión a charlas descosidas en las tertulias, y en el Plata se nimbaban de emoción nacional. Mas la verdad es que argentinos fueron quienes enterraron en ridículo el libro de Abeille, que no volvió a editarse más. Ernesto Quesada, en *El problema del idioma nacional,* 1900, demostró que el orgullo nacional consistía justamente en conservar la lengua de los antepasados y que el "argentino" del Sr. Abeille era un inocente pasatiempo. Claro que la idea de que la lengua rústica iba a ser un día el lenguaje argentino no debió germinar en la sola cabeza de Abeille. Mas el absurdo era tal, que en adelante la gauchofilia únicamente pervivió como mito de nacionalidad literaria, mas no lingüística.

Años más tarde comenzó a percibirse que después de todo, si la lengua de los campos nada tenía de peculiarismo argentino, la jerga

de la chusma ineducada, no asimilada en su extranjería o sencillamente presidiaria, podía servir al propósito de fraguar una lengua nacional. Al pronto esto parece un caso de perversión, digno de ser tratado en un sanatorio; aunque contemplando atentamente el hecho, descubrimos que lo decisivo vuelve a ser aquí la actitud anhelante, y no los complementos con que se pretende integrarla — deseo, en suma, de escapar a lo inmediato, a uno mismo, yéndose a París, a la estancia, forjando sueños a base de gauchos y boleadoras, o divagando al ritmo de un tango, o soñando en fraguar una lengua original, compuesta de "lunfardo" y de vocablos vueltos del revés. La cosa es no estar en sí, salir de sí mismo, en arrebatos de añeja y un tanto desorbitada hispanidad.

Por razones antes expuestas, el argentino se ha encontrado con un idioma conversacional angostado y pobre, que el ambiente ciudadano no ha sabido remozar trayendo a uso espontáneo y grato lo enseñado por la literatura, la escuela o el teatro. Al mismo tiempo que la lengua literaria de los argentinos seguía con

alto y original prestigio el desarrollo del idioma en España y en los restantes países de su habla, el lenguaje familiar y vulgar mantuvo, de una parte, su carácter añejo ("vení", "vos tenés", mucho léxico arcaico); de otra, introdujo innovaciones erróneas, como "la manito" (manita); y, lo que es más grave, se vió invadido por una jerga inmigratoria del tipo de la "lingua franca" de las escalas de Levante, formada por el detrito de dialectos incultos, como el calabrés y el genovés, o el "caló" hispanoportugués. Los inmigrantes españoles han sido en gran medida campesinos de regiones dialectales sin bastante ilustración, que, lejos de reobrar contra tal ambiente, fueron absorbidos por él. Muchos gallegos han aprendido en la Argentina el único castellano que conocen.

En estos últimos años ha aumentado la cifra de los argentinos; pero los italianos (tal vez un 15 % de la población total) han ido creciendo en proporción semejante, sin que contemos además los eslavojudíos, que hablan su yiddisch; los sirios y quién sabe qué otras razas,

A lo largo del siglo pasado fué surgiendo la jerga lunfarda, a base de "caló" y dialectalismos italianos. En principio era sólo el habla de los delincuentes (véase Dellepiane, *El idioma del delito,* 1894), algo parecida a la "coa" de Chile, a la "giria" brasileña y a la germanía de España, estudiada por Besses, Salillas, M. L. Wagner y otros. De tan ínfima extracción es también el "cocoliche", "argot" hispanoitaliano practicado a orillas del Plata por algunas clases bajas. Esas hablas múltiples, movedizas y arbitrarias, formadas a menudo con palabras vueltas del revés (como la germanía de los jaques quevedescos), cuenta voces tan inteligentes como "davi" (vida), "zabeca" (cabeza), "timpeco" (copetín), etc. Círculos amplios adoptan más o menos esas palabras, las prefieren los escolares, y, para algunos, hacia 1927, parecían el pedestal sobre el que debiera alzarse el futuro gran idioma de los argentinos, reflejo de su alma. El lunfardo tuvo antes cultivadores (ya se supone para qué clase de literatura) en Fray Mocho y Félix Lima; luego el apóstol de la nueva fe lingüística fué Last

Reason, quien dió en *A rienda suelta* una serie de narraciones de la vida en los arrabales porteños. Veamos el programa de la nueva lengua según un popular diario (16-VI-1927): "Del arrabal sale, en verdad, buena parte del sentimiento que se desborda sobre esta ciudad, tachada de cartaginesa; del arrabal surgen las voces tristes que cantan las penas hondas y las voces ásperas que gritan sus rabias y sus broncas [muy original]. Si hay algo que vibre y sangre en Buenos Aires, ese algo no está precisamente en el asfalto; y saliendo del asfalto está el suburbio [lo mismo acontece en todas las grandes ciudades de la tierra], el arrabal, el alma, porque el alma porteña está donde terminan las cortinas metálicas y se agachan las casas y suena lamentablemente el organito. Buenos Aires, carente de su léxico característico, sería una ciudad europea, cosmopolita y sin carácter [no parece sino que son iguales todas las ciudades europeas, o que su originalidad se funda en el "argot" respectivo]. ¿Que es bárbaro e infonético el chamuyo al uso nostro? Lo sé. Ellos, los doctos, tienen razón; el

pebete ['niño'] es tan feo, que no se animan a encajarle un beso en el escracho ['cara fea']. Y, sin embargo, también nosotros tenemos razón, porque el pibe ['muchacho'] es hijo nuestro. El purrete ['chaval'] crecerá, se hará bonito, se hará hombre, y un día, algún día, entrará por la puerta grande de la historia de los pueblos, parlando en alta voz un lenguaje florido, gráfico, musical, vibrante de verismo, y ese idioma será el producto de esta parla inarmónica, bastarda, rea, que hoy les quema la boca a los doctores, y mañana será la bocina poderosa que grite a las naciones carcomidas y decrépitas el advenimiento de una grande y gloriosa nación".

Perfectamente. Columbramos en lontananza intérpretes afanosos vertiendo a las pobres lenguas que aún subsistan los aerogramas de "Lunfardópolis" en el idioma cuyos cimientos — nuevo Dante — puso el Sr. X. Con gran trabajo se averiguará que "pelpa" es papel, y "zabeca", cabeza. Pero completemos la visión con otros textos del Sr. N. F. en el mismo diario: "De aquí a unas décadas, cuando la Ar-

gentina llegue a sobrepasar en población a la misma España, y sin duda alguna en importancia mundial, el lunfardo depurado [es decir, con las letras puestas en su sitio], patois hispanizante [menos mal], será ese idioma preciso, rudo, con caídas sentimentales y muchos matices picarescos [¡ah, diablo!], que está ya en vías de tejerse, sobre todo en el conventillo ['casa de vecindad'], en los sitios de placer, en los barrios cosmopolitas y en suburbios de ciudades altamente industrializadas, como Avellaneda y la Boca".

Hubo argentinos, por lo visto, que juzgando insignificante hace unos trece años su patria de hoy, sintieron comezón por asombrar al mundo, sin calma ni fantasía para representarse desde ahora la originalidad de su país basada en acciones valiosas, de trascendencia universal, único sustento de grandeza, desde que el mundo es mundo, en aquellos pueblos que lograron conquistarla. Ciertos argentinos, al parecer un tanto ociosos y aprovincianados, pasaron su vida soñando en finchadas grandezas, partiendo del color local de la vida su-

burbana: canto melancólico, tanguito, organito, bronca. En resumen: *El santo de la Isidra* y demás ambiente de género chico, con sus chulos organilleros (en Buenos Aires, el compadrito) y su palabreo desgarrado de barrio bajo, correspondiente a los madrileñismos: "so pasmao, chorré, divé, chaval, pinreles, clisos, estupen, nos ha amolao, burral, que te lo has creído" y demás expresiones que nadie piensa ahonden en los senos profundos de la espiritualidad española, ni que descubran misteriosas y agrimelancólicas perspectivas.

En el extático contemplar de esas bellezas porteñas, pensando que la cadencia del tango era cosa jamás vista ni oída, creyeron algunos poder reemplazar todo el trabajo que dejaban sin hacer a favor de su patria en el campo, en la fábrica, en el laboratorio, en la universidad, en el libro fuerte y novedoso. Felizmente, hay en la Argentina quien labora por ellos, sin pensar que el hallazgo científico, la novedad ideológica, o artística, hayan de ser expresadas en la lengua que nacerá dentro de varias décadas. Justamente, en todas partes las cosas importantes se han dicho en la lengua que se tenía a mano, la cual ha sido considerada como importante por eso y no por otra cosa; a nadie se le ocurrió hasta ahora fabricarse *a priori* una lengua para luego expresar en ella las novedades. Es lo de "partamos para la guerra de los treinta años". Pobres argentinos, si para "ellos mismos" tuvieran que aguardar a manifestarse en el remoto futuro mediante esa lengua de la ínfima chusma. Hoy se requiere más prisa, y es raro que de la rápida América hayan surgido insinuaciones de ritmo tan centroasiático.

U DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DPTO. LETRAS

Como hemos dicho, la mayor parte del "lunfardo" (que es ya una palabra dialectal italiana) se abastece en los dialectos y jergas italianas. Se crea así un lenguaje flotante, extraño para muchos, que incita a la creación individual, a un espíritu verbalista, análogo al de ciertos ambientes andaluces en donde se vive pensando y haciendo chistes como gimnasia del ingenio. El lunfardo, con sus inversiones de sílabas y sus ampliaciones arbitrarias de cualquier sentido, cultiva y provoca la anarquía. Se piensa más en la manera de decir, que en la

cosa dicha. Prospera entonces una sensibilidad muy elemental: se trata de evitar la "cachada" ['tomadura de pelo'], y de "sobrarlo" al "cachador". La continua desconfianza, el recelo aldeano vuelven a reflejarse en todo ello.

La contraprueba de que al lunfardo se va por simple afán anárquico se halla en las explosiones ocasionales de quienes creen que de ahí, de ese hato de zafias puerilidades, puede salir un idioma propio. De una revista, impresa muy pulcramente, tomo los siguientes párrafos, posteriores en diez años a los textos antes mencionados:

> "Nunca nos parecerá suficiente insistir que nuestro idioma es el argentino, el que hablamos, sin importársenos de las academias filológicas, las de baile, de cocinar y tantas otras. Que a la larga acaban por incluir en sus apolillados diccionarios nuestros argentinismos" (15-V-1937). "Nosotros insistimos en que nuestro idioma es el argentino, idioma que se abre paso a través de la maraña babilónica que nos rodea" (30-VIII-1937).

Lo extraño es que eso se diga en tan buen

español; y lo único claro en tales palabras es el tremendo complejo de superioridad-inferioridad que las inspira y que en ellas humea.

En los ejemplos anteriores hemos visto manifestarse el sueño de la lengua propia, a base unas veces de rusticismo, y otras, tomando como pie el hecho de que en Buenos Aires se use una lengua asaz babilónica. Mas la prueba última de que se trata exclusivamente de una actitud previa, formal, en busca de cualquier sostén, es que la aspiración a poseer un idioma independiente surge en otros lugares del Plata como un pío deseo lanzado a los aires, como afirmación abstracta y a la vez confusa.

Un uruguayo, muy distinguido intelectualmente, dice así: "Habrá que convenir que América es un hecho nuevo que, para exteriorizarse y fijar su posición en el gran torbellino del mundo, ha de precisar un día *un idioma propio,* ennoblecido, desde luego, con la tradición hispana que llega hasta nosotros, experiente, con su carga de siglos" [1]).

1) J. Pereira Rodríguez, *Nuevo sentido de la poesía gauchesca,* en "Historia sintética de la literatura uruguaya", Montevideo, 1931, III, 17.

El Sr. Pereira habla de América, en general, supongo que de Hispano América, y que al formular su sentencia, no piensa en las tres grandes lenguas que hoy se reparten el continente, es decir, que no aspira a que el portugués y el inglés hayan de desaparecer con el castellano de América. Pero en ello volvemos a encontrar algo propio del Plata, porque no conozco manifestaciones de tal radicalismo en los restantes pueblos hispánicos. Lo curioso es que se anhela un medio nuevo de expresión, por tanto ininteligible sin graves estudios para los demás hispanos, antes de saber claramente qué se va, o qué se aspira, a expresar. Basta tener presente, para entendernos en seguida, que siempre que alguien tuvo que fijar de veras su posición en el mundo — nada menos —, acudió a la lengua que tenía más a mano, y no se le ocurrió forjar una, ni suspirar por ella. Santo Tomás, que define en sus cimas el pensamiento medioeval, escribió en latín, y no en italiano, porque aspiraba a que lo entendiera el mayor número de gentes. Por las mismas razones Lutero puso la Biblia en alemán. Descartes escri-

bió a veces en francés y a veces en latín. Spinoza, en lugar de usar el español o el holandés, escribió en latín. Leibniz, alemán, usa el francés y el latín. Bajando de esas cumbres dramáticas del pensamiento, hoy día es general que las gentes escriban en la lengua que mejor saben, la cual enriquecen y perfeccionan si lo que en ella escriben vale la pena; lo que hay por tanto es que conocer bien algún idioma. El polaco Conrad enriqueció la literatura inglesa con su prosa; lo mismo ha hecho el español Santayana; el uruguayo Supervielle se expresa en francés; etc. En suma, los idiomas nuevos no nacieron nunca en tiempos de letra impresa y de comunicaciones, sino en medio de la más siniestra, rural y astrosa barbarie. Todas las declamaciones acerca del añorado idioma rioplatense, o lo que sea, sólo tienen como valor el reflejar el estado psíquico de quienes las formulan.

Tal afán de peculiarismo es, por otra parte, una de tantas formas de la "antifilia" hispana, del ser anti-esto o anti-aquello, del combativismo abstracto aniquilador del propio país;

la persona, o el partido político, o la gran colectividad no son sino el hueco que en ellos produce el no ser lo de enfrente. Cuando se es algo claro y definido, no hay que buscarse la personalidad o intentar situarla contra esto o aquello. La consecuencia es que la procura afanosa de singularismo, de originalidad forzada, es un modo de complejo de inferioridad o de resentimiento. Yo sigo encontrando en todos estos fenómenos la huella de unos siglos desbandados, desmandados, sin hábito de respetos o jerarquías. Gobernadores contrabandistas, pobretería, ausencia de prestigios trascendentes, riqueza súbita, gauchaje anarquizado, montoneras, dictaduras, las provincias contra Buenos Aires . . Como hemos visto, como han visto también Alonso y Mallea, no es únicamente la inmigración plebeya la que ha mancillado la noble tradición lingüística de la Argentina, sino la ausencia de rumbos protectores. Por eso, gauchismo y lunfardismo, en planos distintos (menos rebajado el gauchesco, desde luego), responden a idéntico sentido histórico. Añadiría que dentro de tal

marco cabe la prosa infectada de galicismos del siglo XIX finalizante, que revela en el escritor falta de rumbo y de autoridad; no obstante lo cual algunos franceses lisonjeros pretendieron que la lengua argentina adquiriría así una soltura y agilidad de que carecía el estilo dentro del marco hispano, como si el escribir sin ton ni son, e ignorando el valor de los vocablos, pudiera llevar a ninguna lejana meta.

Tal estado de cosas podrá remediarse o paliarse en la medida en que las generaciones jóvenes se decidan a tomar posiciones respecto de tan espinoso y complejo asunto, que es independiente de toda política, que es anterior y posterior a cualquier política. Las discusiones en torno al lenguaje usado en la Argentina han solido consistir a menudo en críticas acerca de las incorrecciones de gramática y vocabulario en que incurren los doctos y los semidoctos. Hoy me preocupa más percibir el sentido de tales hechos y proveerlos de una perspectiva histórica. Claro que la ciencia en este caso no puede ser averiguación fría, interesada meramente en fijar la exactitud de unos resultados

que acaban por dejar herida la propia sensibilidad del científico. A los países rioplatenses les incumbe, les está incumbiendo, una misión continental, que un día será mundial, como zonas esenciales de la cultura hispánica. Se ha producido en ellos un magnífico brote literario, científico y vital. Muchos escriben y piensan allá con un rigor y una originalidad que abre el ánimo a las más altas esperanzas. No puede, no debiera, la vulgaridad de tipo masa reducir a islotes y a estrictos lagos lo llamado a ser amplia corriente y vasta extensión, a donde no alcanzan "pingos, fletes ni redomones". Con el localismo ingenuo y pintoresco no se camina lejos. Es problema al que valdría la pena que la despierta juventud rioplatense dedicara atención y amor.

Contemplando el hervor bullicioso de la ciudad de Buenos Aires he pensado a menudo en cuán deficientes son aún nuestros supuestos acerca de la formación y vida de las lenguas, y qué gran descuido revela no observar el idioma que se forma y vive a nuestra vista. Se ha concedido importancia desmesurada a los

dialectos arcaicos, al matiz fonético de vocales y consonantes, y no se ha pensado con igual intensidad acerca de cómo vivían y por qué vivían los portadores y transformadores de tales sonidos. Los lingüistas sabios se desbaratan el cerebro investigando el preindoeuropeo, del cual no se obtienen sino espectros de palabras casi siempre muy dudosas, sin fondo humano a que referirlas. Que tales problemas se planteen es normal y laudable; lo que extraña es que no se aplique la misma o mayor atención al habla de la calle en Londres, Nueva York o Buenos Aires, en donde es posible percibir — por cierto no sin mucho trabajo — el sentido vital, trascendente, de todo aquel aparente caos. A medida que se retrocede en la historia, o al avanzar hacia las regiones rústicas de dialectos anquilosados y sin literatura, el lenguaje va tomando carácter cada vez más espectral, y tenemos que conceder a los fenómenos de superficie importancia quizá desmesurada.

V

Falta en las páginas que anteceden la importante indicación de que al pensar acerca del lenguaje rioplatense me refiero principalmente a la lengua de Buenos Aires. En el pasado, ciudades del interior como Córdoba (remota avanzada del brillo imperial, irradiado desde el Perú) fueron más importantes que la capital y pudieron aspirar a ejercer sobre ella alguna influencia; luego, el rumbo de los prestigios nacionales fué señalado por el gran puerto, centro efectivo de la economía y de la cultura para toda la nación, y en cierto modo para Montevideo. Pero la Argentina, lingüísticamente, dista aún mucho de ser un país uniforme en cuanto a su habla, prescindiendo de la

lengua literaria, de la cual no trato ahora especialmente. La falta de armonía entre la capital y muchas extensas zonas del interior es otro hecho revelador de la forma extraña en que se ha desenvuelto la historia argentina. Aun no ha mucho en Córdoba, Corrientes, Mendoza o Salta se oía el hispanoamericano que denominaría normal: seseo, diversos tipos de entonación, indigenismos en el vocabulario, arcaísmos, etc. La lengua permaneció fiel al tipo común y tradicional, no obstante varios matices. Mas en Buenos Aires encontramos muchas otras cosas, cuyo análisis cabal supondría lanzarse a una ardua y larga tarea. Lo esencial depende de que las condiciones preexistentes, las formas de vida colectiva a que antes me he referido, han de multiplicarse por el hecho de la inmigración, rápida y abrumadora, vertida sobre el país en los últimos sesenta años.

La población total de la Argentina hacia 1810 parece que no rebasaba mucho el medio millón de habitantes, cifra que, en poco más de un siglo, ha aumentado más de 18 veces. El

lector observará en seguida que el ritmo de crecimiento de los Estados Unidos ha sido mucho mayor, aunque habría de añadirse que este país poseía una estructura político-religiosa, un tipo de civilización en suma, apto para enfrentarse con el alud inmigratorio [1]). J. T. Adams dice en "The New York Times" (16-I-1938), al comparar las analogías y diferencias entre Inglaterra y Norte América: "Nuestras instituciones — legales, políticas o de cualquiera otra índole — fueron amplia evolución de las de Inglaterra. Ante todo usamos el mismo lenguaje, y el lenguaje es un sutil eslabón. Los escritos, es decir las ideas, de la literatura inglesa pasada y presente nos son tan accesibles como los nuestros propios; en cambio, las obras literarias de otras naciones, si no son traducidas, están cerradas a la gran mayoría de los norteamericanos. En la escuela

[1]) "Des immigrés plongés dans un milieu nouveau, où un conformisme strict est de règle à tous égards, comme c'est le cas aux Etats-Unis, et pour qui c'est à la fois *un point d'honneur* et une nécessité de parler l'anglais à la manière américaine, apprennent vite à prononcer suivant l'usage courant". (A. MEILLET, en el *Bulletin de la Société de Linguistique*, 1931, pág. 111).

nos enseñan que Inglaterra fué la "madre patria". No valdría la pena establecer un parangón entre el Norte y el Sur de América, insistiendo sobre las diferencias institucionales entre España y la Argentina en el siglo XIX. Pero sí vale la pena recordar que las facultades de inglés en las universidades norteamericanas figuran en destacado primer término respecto de otros departamentos universitarios. En ellas se invierten sumas considerables, y los resultados de sus actividades constituyen una zona vital de la cultura norteamericana. Fuera de ellas se organizan a diario cursos de ortografía, y abundan las escuelas de dicción. Quiere todo ello decir que Norte América organizó un complicado aparato capaz de triturar y asimilar los más toscos pedruscos de la inmigración. Sostener, defender y cultivar el inglés es una de las bases del espíritu nacional; pero el inglés no se llama "lengua nacional", sino meramente "inglés".

La escuela argentina realizó esfuerzos maravillosos desde los tiempos de Domingo Faustino Sarmiento. Mas el error o la debilidad de la

guaje, expresión total de lo humano, nos comunica, sino por la manera de ser, de vivir el lenguaje, por sus esferas de referencia, por lo que en él hay latente, por la reacción volitiva, de preferencias y exclusiones, sea aquélla o no consciente. Una de las primeras particularidades que llaman la atención del observador es que el hecho en sí de hablar es ya una preocupación, en un grado que no hallamos en ningún otro lugar de Norte o Sur América. El porteño, lingüísticamente, oscila en general, entre los polos de la audacia y del recelo. O lunfardiza, neologiza y cultiza sin escrúpulos (llama *copetín* al aperitivo, cocktail, etc.; *ambientes* a las habitaciones, o *acridio* a la langosta), o se justifica al emplear las expresiones más normales e inofensivas por creerlas localismos (una vez alguien se me excusó por decir "estoy con el pie en el estribo" y el Diccionario de Garzón registra "sanseacabó" como argentinismo). Esto quiere decir que el hablante, salvo casos de buenos profesionales del idioma, se halla sin guía y desorientado,

y con conciencia de estarlo, que es lo importante.

Hay países, o épocas dentro de ellos, en que el cuerpo social y particularmente sus grupos normativos, aspiran a determinada perfección lingüística, fundada en tipos literarios, en la doctrina de ciertos técnicos o en el ejemplo de las clases más distinguidas. El hombre de término medio se siente compelido por un impulso ascendente y disciplinado. Eso indica que el cuerpo social funciona, en lo esencial y profundo, como un motor bien engrasado. Así aconteció en Francia, en donde desde Malherbe y Vaugelas, en el siglo XVII, el lenguaje correcto se fijó y tomó conciencia de sí mismo. Durante siglos, Francia vivió en gran parte pendiente del cultivo de su idioma, forma de una prodigiosa civilización; más tarde, como todo tiene sus quiebras, surgieron las frases hechas y los convencionalismos, como rótulos tras de los cuales hay poca sustancia. Francia ha sido el caso máximo de racional y elegante policía del idioma.

Lo que en Francia, por su fuerza y calidad,

fué un desarrollo que parecía espontáneo y natural, ha surgido artificial y pobremente cuando por motivos políticos, de pueril nacionalismo, se ha querido alzar un dialecto a la dignidad de gran lengua. Entonces, los vocablos y los giros de expresión son impuestos por unos seudo Malherbes, y la masa entusiasta aprende dócilmente palabras arcaicas o extranjeras o inventadas. Como quiera que ello sea, en todos esos casos el lenguaje vive regulado verticalmente. Entonces las ocurrencias disparatadas o vulgares, fruto de estímulos caóticos e indominables, no van más allá de la puerta de los propios labios.

En Buenos Aires, pese a la mejor voluntad de muchos y a los esfuerzos de escritores y maestros beneméritos, está ocurriendo algo que sería lo contrario de lo antes expuesto. Las capas inferiores de la ciudad están actuando anárquica y absurdamente sobre el idioma. Las fuerzas impulsoras hallan en sí mismas una justificación, y la voluntad o el capricho idiomáticos se jactan de desdeñar cualquier disciplina, voluntad y caprichos que coinciden con

profunda incultura acerca de lo que se habla o se escribe. En Buenos Aires, por ejemplo, se les ha ocurrido que *displicente* significa "distraído"; o denominar *binomio* a dos personas que actúan conjuntamente en política, o en otras actividades sociales, lo cual es una bufonada, pues un binomio no es una pareja. Algunos llevan la gracia hasta escribir *trinomio*. El motivo último para tal invento hay que buscarlo, primero, en el aire de sorna algo aldeano con que el porteña mira su cultura escolar; segundo, en la perduración, ya dentro de la edad adulta, de ciertas actitudes infantiles; y también, en el volumen que la edad juvenil desplaza dentro de la vida social. A los veinte años, un argentino está de vuelta de casi todas las cosas, y a los treinta cree que empieza a envejecer. El resultado de ello no es que el tono de la vida adquiera madurez prematura, sino más bien lo contrario.

El tono de puerilidad se revela lingüísticamente, por ejemplo, en el uso de lo que llamo palabras revesadas, es decir, con sus sílabas trastrocadas. El revesar las palabras es cosa vie-

ja, y ya lo señala Quevedo como costumbre de pícaros y jaques. Un reflejo de ello se halla en la expresión jergal "dar coba", o sea "dar boca". C. Barres (*El hampa y sus secretos,* Buenos Aires, 1934, pág. 30) dice que "el revés o *vesre* dice *saca* por casa, *rope* por perro... Las palabras que del *vesre* pasan al dominio público también se desfiguran con la alteración de la sílaba: de cigarro, *rogasi*, y de ésta *garrosi*". Julio Vicuña Cifuentes (*Coa: Jerga de los delincuentes chilenos,* Santiago, 1910) nota numerosos vocablos así desfigurados. A. Bessa (*A giria portuguesa,* pág. 327) menciona *tapor* 'porta', *zouca* 'cousa' de la jerga de los albañiles, los cuales, como es sabido, poseyeron en lo antiguo sociedades secretas. Por lo demás los niños en una cierta edad inventan diversas algarabías como mero juego. Pues bien, de tan altos antecedentes deriva el que hombres mayores usen en su lenguaje, e incluso hagan imprimir, vocablos como *cañemu* 'muñeca', *colo* 'loco' ("te has vuelto colo" es muy usado), *chacan* 'cancha', *feca con chele* 'café con leche' ("Con un feca con chele / y una ensaimada, / vos te venís pa el centro / de gran bacán", tango); *goruta* 'tarugo' ("Y por fin, caro goruta / pa que mejor me comprenda", A. Vacarezza, *Tu cuna fué un conventillo,* 1920) es muy usado, lo mismo que *gotán* 'tango', *grone* 'negro', *lorca* 'calor, vergüenza' ("¿No les da lorca?", *Dársena Norte,* sainete de Malfatti y Llanderas, 1930); *llovaca* 'caballo', *orre* 'reo', y multitud de otras lindezas que pueden hallarse en sainetes, en secciones de los periódicos que cultivan el localismo típico y, por supuesto, en la conversación de muchas gentes. He aquí una muestra de hasta dónde puede llegarse por este camino:

"Combenientemente embolsado el paco al bujero posterior que tengo al forro del colecha ['chaleco'], piyé el bondi, me dejé estar en él lo tre cuarto de ora que tarda en yegar a mi barrio parque, y cuando ubi yegado, salté a la rúa, me asubí la solapa del pardesú y, resueltamente, me dispuse a cumplir el ray de sinco cuadras que ay asta el umbral de mi jome" (*Sainetes porteños,* por C. Casi, "Noticias Gráficas", 21-VII-1937).

Alguien que no conozca de cerca la lengua de Buenos Aires dirá que estas bufonadas de gusto dudoso no pasan de ser eso, y que nadie que se estime dice ni escribe tales desatinos. Por desgracia, sin embargo, la extensión de tal lenguaje y la complacencia con que cierta literatura le da estabilidad son síntomas de una alteración grave. La ciudad, desde sus capas inferiores, actúa anárquicamente sobre el idioma: reflejo de desequilibrio y perversión colectivos. Hay entre el personal docente quienes dicen a sus jóvenes alumnos que esas chocarrerías pueden ser la lengua de mañana. Para muchos argentinos el correcto estilo de los grandes escritores del día — españoles, hispanoamericanos, argentinos — debe producirles el efecto que a los romanos del Imperio declinante les causaban los escritos de San Agustín. Arrieta, Borges, Capdevila, Fernández Moreno, Gálvez, Gerchunoff, Korn, Larreta, Lugones, Rojas, Octavio Amadeo, Mallea, Bernárdez, González Lanuza y cien más, escriben en un idioma que no es el usado en Buenos Aires por la mayoría de sus habitantes, y conste

que no me refiero a la diferencia usual entre estilo literario y estilo cotidiano. La lengua de Buenos Aires es una batahola semejante a la de Roma hacia el año 600, cuando el latín plebeyo se complicaba con el celta y el germano, junto con todas las jergas mediterráneas. La diferencia capital entre el Buenos Aires de hoy y aquella Roma es que allí nadie se atrevió a poner en escrito lo que entonces correspondía al lunfardismo y al gauchismo argentinos, porque aún imponían respeto los prestigios de la cultura latina, de la cual empezaba a hacerse portavoz el cristianismo. Hicieron falta quinientos años más de negra barbarie para que de tales detritus nacieran las lenguas románicas sostenidas por una nueva civilización.

En este recuerdo de los problemas lingüísticos del Plata hay que dedicar una palabra a los vocablos proscriptos, *obscenitatis causa*. Una pluma responsable escribía en "La Nación" (6-VI-1937): "Ya decía alguien —¡qué horror!— que la obsesión sexual suramericana proviene de que nuestro espíritu no ha adquirido una facultad de iniciativa suficiente como

para dar a la conciencia colectiva un sentimiento de creatividad que no sea físico...".

Manifestaciones de la misma clase abundan, y descubren la noble angustia de quienes no son insensibles a lo que acontece en torno a ellos. Es la otra faz de la medalla. Se toca aquí un punto que, muy de paso, quiero recordar. La obsesión sexual se apodera del niño rioplatense desde bien temprano. Escribía D. Tobías Garzón en su *Diccionario argentino* (1910), a propósito del sentido obsceno que ha dejado fuera de uso una palabra usada sin reparo en dondequiera que se habla español, menos en el Plata, *coger*: "La inmoralidad y malicia precoces de la juventud han llegado a tal extremo, que no puede uno hacer uso de este vocablo tan castizo, en las acepciones que le son propias, sin exponerse a provocar la risa de los que lo toman en doble sentido". Por mi parte añadiré que en este caso el aliento pesado de lo rústico ha infectado de nuevo la ciudad. El hecho, como en el caso del *vos*, nada tiene que hacer con la inmigración extraña, y revela otra vez el mero predominio de lo plebeyo so-

bre lo culto, no entendiendo por "culto" el saber escolar, sino el simple prestigio moral de lo de arriba.

Quien va al Uruguay o a la Argentina aprende luego a no usar la palabra *coger*. Sarmiento aún puede escribir en *Facundo*: "en Córdoba a nadie desea coger sino al doctor Castro Barros, con quien tiene que arreglar una cuenta"; "el triunfo, cuyos laureles debe coger desde a caballo", etc. Actualmente supone una brava reacción antiplebeya el que Enrique Larreta diga en *Zogoibi*: "cogiendo el cuchillo por la punta de la hoja"; "cogiéndose el tobillo con ambas manos"; "dos pájaros, cogidos por el extremo de las alas", etc. Son infinitas las vueltas que da el rioplatense para evitar la nefanda palabrita: "agarrar, pillar, tomar, asir", etc. El sustituto preferido es "agarrar", cuyo uso excesivo suele dar ocasión a estrafalarias impropiedades: "¡vea cómo nos agarra!", dicen unas señoritas, con indumento casero, a la inesperada visita. Esto es, por otra parte, muy explicable, dado que *coger*, en la Argentina, asume con exclusividad un sentido

obsceno. ¿Y cómo así? Por la sencilla razón de que esa palabra, en la lengua rústica, adquirió ocasionalmente el significado de 'cubrir el caballo a la hembra' (Andalucía, Burgos, etcétera). El cambio de sentido es comprensible y está en germen en textos literarios: "Este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado" (*Quijote*). Entre los demás hispanos, el uso normal de esa voz ha impedido que prospere la acepción zootécnica, difundida en la pampa por la ganadería, y aplicada luego al dominio humano por la presión del campo.

Algo semejante acontece al inofensivo vocablo *concha*. En las clases argentinas de geografía es un conflicto aludir al Río de las Conchas, cuya mención levanta hilaridades apicaradas. Lo mismo acontece con el antes citado verbo *coger*, aunque sé (y ello es muy interesante) que en clases regidas por profesores con plena autoridad técnica y personal, los alumnos no dicen nada cuando surgen las palabras proscriptas; lo frecuente, sin embargo, es que

sea un conflicto leer textos en que ocurran esas palabras. El síntoma es grave. Creen muchos argentinos que es una peculiaridad de ellos el uso obsceno de bastantes palabras, cuando la verdad es que en otras partes, menos secularmente anarquizadas, el sentido obsceno se emplea a su hora, y el decente a la suya. Por ejemplo: en la Argentina el verbo *acabar* está amenazado de muerte, como vocablo digno, porque se usa dominantemente en la acepción de 'tener orgasmo'. Pero ya se empleaba en tal sentido en el siglo XV, por Antón de Montoro, y luego en la poesía obscena del siglo XVII. Mas en español general las defensas normales del idioma taparon la boca a la inmundicia, y *acabar* es verbo limpio y necesario en todas partes [1]). Al paso que van las cosas,

[1]) Cualquier verbo puede tomar sentido obsceno: *cargar, correr, derramar, ir, venir*, etc. Si fuéramos a tener que suprimirlos todos, adiós idioma. "El modo de hablar del vulgo, usurpando las voces a sus significados, nos las quita... *Meter* nos es vedado y otras voces sin número, que tuvieron honor, hasta que la boca del pueblo las profanó con torpes equivocaciones. Y tornarían a recobrar su honor cuando, dejando éstas el vulgo (para las mismas cosas infame novedero), usurpare la lengua, o cautivare otras palabras". (Quevedo, *España defendida*, escrita en 1609).

si al hablar se tiene en la conciencia y en la subconciencia el acto sexual, el lenguaje argentino semejará al de un prostíbulo de una parte, y al de una academia de "précieuses" por otra, como cuando en el siglo XVII francés había quien evitaba decir "convaincre" y "ridicule". Claro que en un ambiente normal tales cosas no prosperan. Pero ya hay en la Argentina muchachas que dicen que "descienden de la escalera", porque temen que "bajar" no sería propio de sus labios. La afectación enloquecedora viene a ser entonces el natural reverso del caos babilónico, e incide en el extremo opuesto a la anarquía de lo que llaman "arrabalero" en Buenos Aires. Hoy las crónicas sociales no se atreven ya a decir, como dondequiera que se habla español, que una señora "ha dado a luz", el acto más noble que una mujer realiza; tímidamente consignan los diarios que una señora "guarda cama", por temor de que "dar a luz" sea una grosería.

La región del Plata, al rechazar a los ingleses en 1806 y al romper con España en 1810, adquirió súbitamente una personalidad política

en visible desproporción con el volumen de sus habitantes, de su economía y de su cultura. San Martín, el más eximio general de Hispano América, llevó sus ejércitos a Chile y al Perú, y comienza así a bosquejar para su pueblo el perfil de una función continental. Mas la Argentina no le responde, porque no podía hacerlo. Una cosa era el ímpetu y el bravo coraje, curtidos en dos siglos y medio de haberse bastado a sí mismos, y muy distinta tarea era el estructurarse para el convivir político y socialmente jerarquizado. En los ejércitos de la civilidad no hay lugar para los centauros. De ahí, Rozas, centauro máximo.

La emigración política y el comienzo de la prosperidad económica de mediados del siglo XIX llevan la minoría argentina al extranjero, principalmente a París. Sienten allá los platenses ser algo, ser alguien, incluso por encima de los demás hispanoamericanos. Suelen poseer más riqueza, y tras ellos se alza el prestigio de la revolución hispanoamericana de que fueron iniciadores. Se dejan ganar por el halago y la tentación de la Europa hipercivilizada; anhe-

lan entonces que su brío innegable y su actitud de suficiencia algo solemne se complementen con creaciones de cultura a tono con el vehemente deseo de representar un buen papel. Sólo así puede explicarse que la Argentina haya deseado forjarse una literatura, y hasta una lengua propia — ya lo vimos —, como una exigencia apriorística, hecho raro y que contribuye a precisar todavía más el sentido de la literatura gauchesca.

Basta para darse cuenta de ello abrir el *Santos Vega*, de Hilario Ascasubi, y leer los amplios preámbulos antepuestos al poema. Dice allá un Sr. Heraclio C. Fajardo, en 1861: "¿Adónde están los elementos que puedan constituir una literatura en el Río de la Plata? nos hemos preguntado *sendas* (!) veces, *al oír encarecer la necesidad de fundar esa literatura...* ¿Qué sociedad es la nuestra y qué tipos originales nos presenta, para *que podamos basar en ellos la originalidad de nuestra literatura?* Si se exceptúa el Gaucho y el Indio pampa, todo lo demás está en el modelo europeo. Y así debía suceder, porque la sangre europea circula en

las arterias de los que nos llamamos *americanos*, siendo tan sólo la prole más o menos remota de los *usurpadores* del nuevo continente". (El Sr. Fajardo no dice cómo podía ocurrir no ser indio pampa sin dejarse *usurpar*). En 1851, D. Vicente Fidel López añade que Ascasubi puede "dotar a la literatura nacional de ese carácter *distintivo* que sólo él ha sabido dar". El Sr. López, por lo demás, no vacila en comparar a Ascasubi con Homero y con Cervantes. Antes de López, D. Valentín Alsina, que era varón de buen discernimiento, notó que "tiene este género la desventaja de que lo que es hermoso en un país, quizá no lo sea en los otros; sus bellezas son locales, y no pueden percibirse por quien ignora las habitudes de nuestros campesinos, y el idioma *sui generis* que les es peculiar". Y prosigue: "Como este género tiene tanta aceptación *en cierta clase inculta de nuestras sociedades*, puede ser un vehículo que una administración sagaz sabría utilizar para instruir esas masas". Cuán finamente quiere Alsina compensar su repugnancia por la plebeyez con sus propósitos dieciochistas de pedagogía social. Lo

frecuente, sin embargo, es que la literatura gauchesca se enfoque desde el ángulo romántico, encareciendo la singularidad bravía de su tema: "la falta de cultura de esos habitantes de las Pampas que, acostumbrados a vivir dueños de sí mismos, han defendido con brío la libertad y la independencia" (J. M. Torres Caicedo, 1861); que "pertenecen a un pueblo *democrático* — agrega el editor del poema —, que se interesa y toma parte en las cuestiones sociales, y se alista, según sus *instintos*, bajo las banderas que le son simpáticas", El gaucho "no reconoció más autoridad que la suya, ni más propiedad que el comunismo"... Viviendo en el mismo teatro que dejamos descrito, ha adquirido hábitos especiales y *desconocidos en sus formas y en su expresión a todo el resto del mundo*" (P. Huergo, 1853).

Así, pues, las circunstancias en que se encontraba el argentino hacia mediados del siglo pasado, aspirando ansiosamente y *a priori* a completar su mobiliario nacional, hallaron un sostén en la tendencia romántica, favorecedora del peculiarismo histórico-geográfico; el

"Volksgeist" que inspiró el *Facundo* es un argumento más para acercarse a lo que, después de todo, y según antes expliqué, era la única fuerza auténtica en el pasado inmediato del país. "En los pueblos — nota el editor de *Santos Vega* —, lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte más *profunda*, más homogénea, más explicativa de su ser". Hinchadas por tal viento, las velas argentinas se adentran en la búsqueda de "las fuentes originales de una literatura propia". Mas lo que sorprende no vieran entonces, ni parece se ha visto muy bien luego, es que siendo verdad que la lengua es el espíritu del pueblo, etc., tal principio sirvió de guía en otros países para analizar y recoger científicamente lenguajes y hablas dialectales con propósito científico, o para matizar de notas folklóricas o costumbrismos determinadas obras, mas no para lanzarse a componer en serio y con vuelo nacional obras literarias en el lenguaje de los campesinos. El poetizar en provenzal, catalán, o en otras hablas con olvidado cultivo literario (o incluso la poesía regional de Ga-

briel y Galán o Vicente Medina), nada tiene que hacer con el hecho argentino que estudiamos, que sólo se entenderá en la medida que cause profundo asombro.

Cuenta, por consiguiente, con casi un siglo de existencia el ingenuo error de pensar que la literatura, siendo de tema nacional, vale más que no siéndolo; y que ser "propio y original" consiste en tratar de asuntos aledaños, como si la bella estructura de un edificio tuviera algo que hacer con que sus materiales sean de remota o doméstica procedencia. El arte de un país significa mucho o poco según lo que traiga a él, no según lo que toma de él. El teatro francés del siglo XVII inicia su gran vuelo con el *Cid* de Corneille, que es español, y con otro readobamiento de una comedia española, *Le Menteur*. Es sabido que el *Quijote* descansa sobre temas extraídos de los cuatro puntos cardinales — la novela caballeresca, la pastoril, la bizantina, los influjos italianos, los moriscos prestan al libro resonancias universales. Shakespeare, no se diga. Schiller poetiza el Don Carlos español, la doncella de Mesina, etc. Puede decir-

se que es de todo punto indiferente para el efecto de la valía estética que el tema o el ambiente de la obra procedan de acá o de allá. ¿De dónde, entonces, sacaron y sacan los argentinos la extraña idea de que su arte sólo puede ser de primera calidad cuando se adhiere al pasto de sus pampas? Porque hay quienes dicen que el bello libro de Larreta, *La gloria de Don Ramiro*, no es del todo argentino por no tratar de asunto "nacional"; le reprochan además que en *Zogoibi* hay tal o cual personaje no argentino. ¿Qué debieran entonces pensar los norteamericanos de Washington Irving con *The Alhambra* y tantas otras obras que no acontecen en los Estados Unidos? Un libro puede ser grande o minúsculo con tema propio y con tema extraño. La manía suramericana de lo casero llega hasta discutir el valor de libros como los del chileno Eduardo Barrios — ese exquisito *Hermano Asno* —, porque no trata de cosas americanas, ni está escrito con frasis americana. Téngase bien presente, sin embargo, que hasta hoy el único artista hispanoamericano de indiscutida genialidad fué Rubén

Darío, cuyo nicaragüismo hay que descubrir en las historias literarias, no en su poesía. Piénsese, por otra parte, en lo arriesgado de esos intentos de planear de antemano caminos para el arte o para la lengua. El riesgo es lo que tanto espeluzna al rioplatense: el papelón. En 1862 escribía D. Heraclio Fajardo, prologando el *Santos Vega*: "El pobre ciego de Chío tampoco se había imaginado que los versos que daba al viento en aquella isla, diez siglos antes de nuestra era, serían la *Ilíada* y la *Odisea*, que admiramos y admirarán las generaciones venideras". A tales excesos puede conducir la obsesión de la originalidad *a priori*, con vistas a enlazar la gloria futura.

La realidad gauchesca merecía ser descripta y notada literariamente, como todo lo que en un país es valioso, porque una de las obligaciones de la cultura es formar la memoria y el archivo de un pueblo. Mas lanzarse en serio, sin ironía, a escribir como Ascasubi, Del Campo o Hernández [1]) es asunto que da en qué

[1]) El problema que ahora analizo es independiente de que a mí me encanten numerosas estrofas del *Martín Fierro*, por motivos que

pensar. La peculiaridad y lo extraño no radican en el tema gauchesco, sino en que se tome tal forma de expresión como característica de un arte nacional. Ascasubi, además, no se limitó a poetizar la vida rústica de los gauchos, sino que los introdujo en la ciudad, por las razones antes detalladas. *Aniceto el Gallo*, "gacetero rosista y gauchi-poeta argentino", se publicó semanalmente en Buenos Aires, en 1854, como una gaceta semanal, redactada en un lenguaje en que se mezclan el rusticismo, el plebeyismo y toda manera de barbarie expresiva, gozosa de sacudirse cualquier posible traba. Aquí ya no hay pampa ni gauchaje bravío, sino crítica social hecha en el lenguaje más bajo: "A las noticias del tratao del Diretudo entre-riano con los tres señores Cipotenciarios de Francia, de Ingalaterra y de Norteamérica, se ha calentao el paisano Callejas, y nos ha remitido el cuhete de más bajito" (pág. 140 de la edición de 1900). He aquí el germen de

nada tienen que hacer con escribir *naides*, *ansina*, etc. No es en el rusticismo de su gramática en donde yace la calidad esencial del poema.

toda esa escritureria aplebeyada del llamado teatro nacional, y de las secciones populacheras de cierta prensa, tan del gusto de la masa. Las ganas de pasarse por alto los respetos sociales se satisfacían hace noventa años con plebeyez de pura cepa hispana; luego ha venido el cocoliche, el lunfardismo, el revesado y lo que se quiera. La actitud es la misma y su sentido es hondamente histórico. Ninguna inmigración extraña, numéricamente importante, había en Buenos Aires cuando Ascasubi tomaba placer en la impresión de aquellas tosquedades.

VI

Las anteriores páginas servirán un día de orientación introductoria al libro que preparo acerca de la lengua de Buenos Aires. Hace tiempo que me intereso en dicho tema, uno de los más complejos y sugestivos de la lingüística románica. En 1937 amplié mis observaciones gracias a la entusiasta e inolvidable colaboración de mis alumnos en el Instituto de Filología en Buenos Aires, que me ayudaron a reunir materiales de todas clases. Un curso profesado luego, en 1939, me permitió seguir pensando sobre tal problema.

Mi estudio, por el momento, debiera concluir. Temo, no obstante, que los no familiarizados con la vida bonaerense se pregunten

por la justificación de algunos juicios expuestos antes. He aquí, pues, algunas sucintas noticias que ni la sazón, ni el lugar apartado en que escribo, permiten ampliar.

Brevemente diré que la fonética de este lenguaje carece de unidad. Una transcripción fonética del discurso de un porteño cultísimo revela a la vez aspiración de la *s* final y pronunciación de ella (*juhgar, los socioh, sesiones*, etc.). Alternan *libertá* y *esclavitut; eya* y *ellos; no se había*, pero *Montiagudo*. Otro orador, igualmente académico, pronuncia a veces la *b* intervocálica normalmente, y en otros casos la *v* labiodental (*en vano*); la *e* inacentuada ante vocal es i (*di hombres*). Hoy por hoy no se puede decir con exactitud cuál sea la relación entre la pronunciación de Buenos Aires y la de las provincias del interior o la del español común y vulgar de Hispano América, ni qué pueda ser debido a influencias extrañas. Existe a veces inseguridad en la colocación de los acentos en la frase, lo que se nota incluso en personas que enseñan castellano. La transcripción de una conferencia dada por un mé-

dico en la radio revela: *manípuléo, lo ésensiál, un tráje íspesiál, en él bigóte, un bénefísio, esáminádos*. La cantidad, la intensidad y el timbre de las vocales ofrecen formas particulares, salvo en la minoría que, por ascendencia o exquisita educación, habla normalmente. Aparte de esto citaré unas cuantas palabras, oídas en círculos cultos o vistas en impresos que aspiran a estar bien escritos: *diabetis, comisería, paréntise, pusilámine, háyamos*, a más de otras cosas que después de todo podrían oírse en diferentes países de Hispano América. Lo único que quiero hacer notar es la falta de unidad y la desorientación fonética, que oscila entre el vulgarismo y la ultracorrección. El padre a veces dice *páis* y el hijo *país*, por obra de la escuela. Lo general es, no obstante, que cada uno penda de lo que oye en su casa o en su medio; quien crece oyendo hablar a sus padres ruso, calabrés o yiddisch conserva toda su vida dejos y entonaciones raras, que la presión social no modifica, porque no hay modelos de dicción ni grandes deseos de crearlos. En una conferencia interamericana oímos a un minis-

tro decir *esmo señor* en lugar de *excelentísimo*, de acuerdo con la abreviatura *excmo.* Cualquier ocurrencia, fruto del capricho o de la ignorancia, corre casi sin trabas.

Mas el verdadero caos de la lengua española no aparece sino al observar el léxico y la sintaxis. En lo que tiene de peculiar, puede hacerse esta clasificación del vocabulario:

Elementos antiguos:

a) español anticuado;
b) influencias portuguesas.

Importaciones nuevas:

a) italiano;
b) francés;
c) inglés.

Evoluciones propias:

a) neologismos;
b) proscripciones;
c) lengua revesada;
d) elementos caóticos.

Tal situación lingüística es resultado de los vientos que Buenos Aires ha sentido soplar so-

bre su historia, y a la vez producto de su actitud vital, porque en todo hecho humano nunca hay pasividad por parte del hombre. La aceptación de una influencia supone algún modo de acuerdo con ella. Desde otro punto de vista, Buenos Aires participa del rasgo común a toda Hispano América en materia de arcaísmo lingüístico, fruto del aislamiento territorial y del cultural. Como un agua mansa y estancada, las formas rurales y vulgares del siglo XVI, que conocen todavía muchas regiones españolas, subsisten lo mismo en Buenos Aires que en Santa Fe de Nuevo Méjico. El *dea* y el *estea* de los vascos (por *dé* y *esté*) quedan en Buenos Aires. Hay personas cultas que dicen *doldría* por *dolería*, como en Bogotá y en muchos otros lugares. Por tanto, hay que descontar aquí lo que es tendencia general hispánica, a menos que la veamos exagerada. Parece, en efecto, que en Buenos Aires, gran ciudad, se perciben bastantes huellas de sus contactos rurales. Al trabajador en la ciudad lo llaman *peón*, trátese del pinche de cocina, del obrero del puerto, o de cualquiera otra cosa.

Y como hay *peones,* hay *capataces* de camareros o de barberos. Hacer un favor es *hacer una gauchada.* El *mayoral* del tranvía recuerda al de la diligencia. La grosera *pileta* ha venido a significar 'piscina'. Los automóviles estacionan en *playas* que son 'el espacio limpio sin pasto que forma en la inmediación del corral la entrada y salida del ganado'. La *punta* de ganado se ha convertido en punta de cualquier cosa. El sombrero de paja es un *rancho.* La acera es la *vereda,* que recuerda la que formaban las pisadas en las calles enlodadas y sin aceras, etc.

El lenguaje es una combinación de recuerdos y de preferencias; hay en él un elemento estático y otro activo. La regulación, el equilibrio, entre ambos momentos forma el estado de cultura de una lengua, porque si no, el lenguaje o se anquilosa o se anarquiza. Ese acuerdo, en los momentos de plenitud de una cultura, se establece automáticamente entre los hablantes, atendiendo a ciertos modelos y jerarquías. El francés escrito en el Canadá, en Haití o en Suiza se siente gustosamente regu-

lado por el francés de Francia; si algún día no ocurre así, será señal de que la cultura francesa comienza a eclipsarse en esos países. Mas veamos algunos detalles referentes a la clasificación establecida antes.

Español anticuado.

No existe un estudio cabal de los arcaísmos en el hispanoamericano, no obstante lo atractivo del asunto, pues el español de América es un gran almacén de ellos. Al secuestrador de personas llaman en Méjico *plagiario,* a la latina, según hacía Bartolomé de las Casas:

> "Y aquellos plagiarios primeros, o los otros segundos que los compraban, iban delante del Gobernador o justicias, y decían que los habían comprado por esclavos". (*Tratado sobre la esclavitud de los indios*).

Hay en la Argentina multitud de palabras que en gran parte no son exclusivas, pero que a todo evento hay que consignar como viejas y fuera de uso:

acuerdo de ministros (los magistrados se reunían en acuerdo; luego, "acuerdo de cabildantes", en el siglo XVIII).

adherir, por adherirse, ocurre aún en Jovellanos: "adhirieron a la paz"; hállase en otros países de América.

cuero 'piel': "Sacarle a uno el cuero" es antigualla que aun perdura en "estar en cueros".

contendor, desusado en España, por 'contendedor'.

contraste 'fracaso, desastre' subsiste en "incontrastable".

cuidador 'encargado de cuidar algo' ocurre en textos del siglo XVI.

chueco 'estevado' (véase el Diccionario de R. Lenz).

de arriba 'de gorra'. Lo que es hoy palabra vulgar fué antes muy digno vocablo: "No ternías poder ninguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba", escribe Luis de Granada en el siglo XVI. De 'llovido del cielo', se pasa al sentido moderno, de ir al teatro sin pagar, etc.

despacharse: "El doctor la emprendió a preguntas con los muchachos. Éstos se despacharon discretamente" (*La Nación,* 28-III-1937). En español general se conserva sólo la expresión "se despachó a su gusto".

despacio 'bajo', "hablar despacio". Se usa en otros lugares de América; Antonio de Guevara escribe: "El buen filósofo Diógenes vió en la plaza hablar muy despacio a un discípulo suyo con un mancebo" (*Epístolas*).

disparar 'salir corriendo'. Comp. "dispararon a correr" en el *Quijote.*

día lunes, etc. Comp. "Finó agora el rey Don Juan de Aragón un día martes" (Bachiller Palma, *Divina retribución,* escrita en 1479).

festejar 'galantear' (usado por Bartolomé de Torres Naharro, *Comedia Himenea*).

frazada 'manta' es general en Hispano América, y era de uso general en el siglo XVII.

hacer telegrama, carta, etc. Román, *Dicc. de chilenismos,* recuerda "hacer mensajero", en Santa Teresa y otros. De ahí, por extensión, procederá "hacer telegrama". Por lo demás el uso de "hacer" en ese sentido es antiquísimo: "facta charta, fecha la carta".

llamado 'llamamiento', está en los *Refranes* de Gonzalo Correas, siglo XVII.

masas 'pasteles'. Cuando Felipe IV fué al coto de Doña Ana en 1624, se preparó "Un gran horno para las masas". Todavía, en andaluz, "masillas".

mercadería 'todo lo que se compra o vende'. Covarrubias (1611): "Mercader, el tratante de mercaderías".

nómina 'lista de nombres', sólo usado hoy para la lista que el pagador hace firmar al pagar a los empleados. Las Cortes de 1435 dicen: "las nóminas firmadas de sus nombres", y es usual en los siglos XVI y XVII.

pastel de carne es lo que mencionan los libros de cocina del siglo XVII.

recibirse 'tomar un grado universitario' se usaba en España aun en el siglo pasado.

recordar 'despertar' aún se usa popularmente en muchos lugares de América, y era todavía corriente en España en el siglo XVII.

renunciar es la forma usada en España antes, en vez de "dimitir", aunque no tengo ejemplo a mano.

saber 'soler' lo encuentro en la comedia de Mira de Amescua *El esclavo del demonio.*

sentir 'oir' es español antiguo con influjo del italiano.

sobrar 'hacer burla disimulada de alguien, tomarle el pelo, etc.' procede de *sobrar* 'exceder': "¡Cómo sobra de cortés!" Torres Naharro, *Comedia Himenea*). Comp. *sobrado* 'atrevido, audaz, licencioso' (*Dicc.* Acad.).

taita 'padre' se halla en Quevedo; era usual en el siglo XVII.

Hay bastantes arcaísmos de sintaxis, para evitar los cuales a veces se cae en ultracorrecciones (como "está convencido que se desquitará", para evitar construcciones como "pero es mejor de que nos dejéis sin él"). Como arcaísmo sintáctico sólo mencionaré el curioso "andar a las patadas", cuyo artículo sorprende mucho a los españoles; pero en *Guzmán de Alfarache* (1599) se lee "andar a las puñadas". Seguramente podrían rastrearse más arcaísmos, mas basta con lo dicho para que se perciba ese matiz de estabilidad en el idioma. Aquí debieran incluirse palabras como *refalar* 'resbalar', y todos los fenómenos de fonética y morfología de la lengua gauchesca, en gran parte arcaísmos. La lengua de Buenos Aires, sin embargo, conoce poco de eso, que sobrevive en la lengua convencional de la literatura gauchófila.

PORTUGUÉS.

Como elemento antiguo del argentino considero los portuguesismos, en tanto que éstos no se hallan en otros lugares de América o en España. Muchos deben ser anteriores al siglo XIX.

batuque 'barullo, confusión' (véase el *Diccionario argentino* de Garzón).

buraco 'agujero'. Lo registra el diccionario de Segovia, y lo he oído ocasionalmente. Port. *buraco.*

caradura, port. 'cynico, sem vergonha' (brasileñismo).

casal 'pareja de animales, macho y hembra; o de niño y niña'. Port. 'par composto de macho e femea, ou marido e mulher'.

conchabarse 'colocarse para servir en trabajos del campo' (véase *Dicc. arg.,* de Garzón). La palabra española procede también del portugués, pero en España tomó otras acepciones; la argentina viene directamente del brasileño meridional *conchavarse* 'entrar para o serviço de alguem de uma casa'. El latín conclavare dió en port. *conchavar* 'ajustar, ligar'. De ahí el esp. *conchabarse* 'ligarse para realizar algo inmoral o criminal'. En las Islas Madera vale 'firmar un contrato', acepción que explica las del Brasil y Argentina,

facón 'cuchillo característico del gaucho'. Port. *facão* 'grande faca'.

fariñera 'cuchillo'. Ocurre en lenguaje jergal: "Casi inconscientemente peló la *fariñera*, y la envainó en el pecho del Ñato" (véase Dellepiane, *Idioma del delito*). Es el brasil. *faca farinheira* cuchillo que utilizaban los brasileños para cortar las raíces de mandioca, y hacer fariña, (Adolfo Berro, en el *Boletín de Filología*, 1936, I, 41, Montevideo).

fulo 'enojado, furioso, turbado por el miedo'. El General zas estaba *fulo* de miedo. Otros ejemplos: "¿Cómo doctor, usted jugando en contra del caballo de la casa? A lo que respondió el Fulano, *fulo* y desahogado" (*El Mundo*, Buenos Aires, 2-VII-1937). *Fulo* pasa a ser 'mísero, desdichado': "Ella justamente es la que dejó mi existencia, ya *fula* de por sí" (*Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 22-VI-38). De aquí, *fulería* 'desdicha, miserias', "Comentar las *fulerías* del tiempo" (*El corazón del arrabal*, por J. F. Palermo, 1920). Un tango dice: " . . . y por el barrio se comentan *fulerías* para tu mal". Todo esto viene del port. *fulo* 'que muda de côr, irritadísimo, furioso', del lat. f u l v u s.

galpón 'cobertizo, tinglado'. Brasil. *galpão* 'alpendre'.

garantir 'garantizar, asegurar, proteger' es el port. *garantir*, que los argentinos usan como verbo español, en la lengua hablada y escrita (v. *Dicc. argent.* de Garzón). De ahí el usual "yo le garanto".

gavión 'amante, querido' (jerga). Port. *gavião* 'gavilán'.

matungo 'rocín'. Port. *matungo* 'cavalho velho, ou que para pouco presta'.

maturrango 'que no sabe andar a caballo'. Brasil. *maturrango* 'individuo que monta mal a cavalo'. Lo mismo *maturrengo*. *Maturrenguear* 'fazer cousa de maturrango'. Comp. *maturrão* 'besta velha'.

mormoso 'que tiene muermo' (jerga): "¡Aquí se te han acabao los cortes! Porque yo *(de un tirón le rompe la solapa)* ¡te viá dejar *mormoso! (Dársena Norte*, sainete de Malfatti y Llanderas, 1930). Por. *mormoso*. El muermo afecta a la nariz del caballo, de suerte que esto debe significar en su origen, 'con la nariz estropeada de un puñetazo'. No creo tenga que ver con catal. *norma* 'cachetada' (M. L. Wagner, *L'argot barcelonais*, pág. 71).

morrudo 'robusto, corpulento': "Dios lus haga bien casados / y les dé un hijo *morrudo* / para que guarde el ganado" (*El amor de la estanciera*, sainete, c. 1787). "Las piernas eran diminutas, pero *morrudas*" (L. V. López, *La gran aldea*, 1882). Port. de Río Grande do Sul *morrudo* 'que é muito alto ou comprido'. Puede ser que influya aquí además esp. *morrudo*.

pálpito 'corazonada, presentimiento, barrunto'. Homero Guglielmini *(Alma y estilo*, Buenos Aires, 1930) piensa que hay aquí algo muy argentino: "No es un hecho psicológico universal, no admite como sinónimos 'adivinación, conjetura, presentimiento, atisbo, barrunto' . . . Entre los dos escorzos que dan acceso a la vida —el racional, ordenado, sistemático, y el riesgoso, aventurero, improvisado—, el criollo prefiere el último, tal vez por pereza. Y el pálpito evita pensar". El vocablo se aplica sobre todo a presentir qué caballo va a ganar en las carreras, y se mira hoy como un característico

argentinismo. Garzón, *Dicc. arg.*, trae *palpite* como de Córdoba. Se trata del port. *palpite, pálpite* 'pressentimento; intuição de ganho (no jogo)'.

patota 'pandilla de jóvenes que asaltan a los transeúntes' (v. Garzón, *Dicc. arg.*). Brasil. *patota*, como port. *batota* 'trapaça ao jogo, burla'. En ambas lenguas hay el derivado *patotear, patotero, patoteiro.*

pedregullo 'grava'. Port. *pedregulho.*

pichincha 'compra ventajosa, ganga'. Port. *pechincha* 'lucro inesperado, cousa comprada a preço muito reduzido'.

repartición 'sección de un ministerio, negociado'. Port. *repartição* 'seção de Secretaria ou de uma Direitoria Geral'.

safado 'desvergonzado': "La señora echó a la sirvienta por haberse *safado* con ella" (Garzón, *Dicc. arg.*). El verbo *safarse*, que trae Garzón, no existe, pero sí *safadurìa* 'desvergüenza'. Port. *safado* 'desavergonhado, pornográfico'.

tamango 'zapato'. Ya lo usa Ascasubi en *Aniceto el Gallo* (1853). Existen los derivados *tamangudo* y *tamanguso*. (Jergal). Port. *tamanco* 'soco, calçado grosseiro com a base de madeira'.

tira 'agente de policía' (jerga): "Ayer los *tiras* fueron a incomodar a la pobra vieja enferma" (Enrique González Tuñón, *Tangos*, 1926). Brasil. *tira* 'agente de policía'.

vichar 'espiar, atisbar, observar'. Ocurre ya en 1818, *La acción de Maipú*, sainete gauchesco, y es de uso muy amplio. Port. *vigiar* 'observar atentamente'.

No se incluye en lo anterior *papelón*, del port. *papelão*, adopción que rima plenamente con la actitud de recelo social en que vive el argentino, siempre temeroso del qué dirán, un síntoma más de la ausencia de normas internas y firmes. El Diccionario de Garzón cita un caso, en 1908, muy significativo: "El 'garden party' realizado en el jardín de agricultura fué el único número al aire libre que se llevó a cabo. La sociedad cordobesa era la primera vez que incluía en sus fiestas un número de esa naturaleza. La muchachada tenía miedo de hacer un *papelón*, y debido a eso es que más del cincuenta por ciento se abstuvieron de asistir".

En el dominio de la sintaxis, el dialecto argentino debe al portugués sus *desde que* 'siendo así que' y *desde ya*, port. *desde ja* 'desde ahora'. En conclusión, las anteriores palabras portuguesas sirven para iluminar tanto el contenido de la relación argentino-brasileña como ciertos aspectos del carácter de quienes introdujeron tales palabras.

ITALIANO.

En un libro moderno leemos: "Cuatro millones de italianos... no han dejado más remanente que sus apellidos y unos veinte italianismos en el lenguaje popular, todos muy desmonetizados: *fiaca, caldo, lungo, laburo*"... [1]). No estaría mal que fuera así. En realidad la influencia italiana, en su mayoría dialectal, ha contribuído más que nada a desvencijar la lengua de Buenos Aires, y de rechazo, la de los países platenses. La fonética y la entonación, a veces la sintaxis e infinidad de vocablos revelan la huella de tales dialectos. Un cierto aire de desgarro y cinismo plebeyos ha soplado a su favor, y ha sido luego a su vez favorecido por tales influjos. El que casi todas esas palabras vivan en un medio vulgar no quiere decir que están recluídas en él, pues muchas saltan dentro de la conversación familiar; en ocasiones, llegan hasta más arriba. He aquí sólo unas muestras:

[1]) RAÚL SCALABRINI ORTIZ, *El hombre que está solo y espera*, pág. 38.

Achidente, ital. *accidente*.

Apolillar 'dormir': "¿Me vas a dejar que apolille tranquilo?" (Félix Lima, en *Caras y Caretas*). Del italiano jergal *puleggiare*; com. *pulishar* 'dormir', en Dellepiane, *El idioma del delito*.

Arranyar 'arreglar', de *arrangiare*.

Espamentoso, cruce de *aspaviento* y *spaventoso*.

Bacán 'hombre rico, rumboso, chulo', del genovés *bacan* 'amo'. De aquí "bacán de bulín" 'casero'; y hasta frases escritas como, "Avenida La Plata está bacana de luces".

Bachicha 'genovés', se ha escrito durante el siglo XIX.

Balurdo 'bulto para dar un timo', relacionado con ital. *balordo* 'bobo, tonto'.

Baratieri 'barato', lo he oído decir incluso a gente universitaria. "Cabellera desmadejada de muñeca "baratieri"...", en *Tangos*, por Enrique González Tuñón, 1926.

Batifondo 'jaleo, escándalo', ital. *battifondo*.

Berretín 'idea o sentimiento arraigado, manía', del milanés *beretin* 'berretto, gorra'. "Sin que los muchachos de antes se den cuenta, a causa de su berretín de protestar contra la modificación de las costumbres" (*Noticias Gráficas*, 18-VI-1937). Para el cambio de sentido, comp. francés "en être coiffée", vasco *casqueta* 'rabieta infantil' (tal vez, fr. *casquette*). Se dice también *emberretinado*.

Biaba 'paliza, soba', del piamontés *biava* 'paliza'. "*Biaba* es el salteamiento a mano armada en las calles" (Luis María Drago, *Los hombres de presa*, 1888, pág. 74), "Y si te encajo una biaba, te voy a dejar muy feo" (En *Caras y Caretas*, 3-XII-1898). "Eso no es nada, al lado de la "biaba" ['el refrotón'] que se da en los ojos" (En *Crítica*, 30-IV-1937).

Biandún 'puñetazo', del genov. *biandun* 'trompada'.

Bufoso 'revólver', del ital. *buffare* 'echar fuera'. "Y te metió el bufoso en el pecho" (Alberto Vacarezza, *El fondín de la alegría*, 1930).

Bulín 'casa'. es de un dialecto que no he logrado identificar.

Busarda 'vientre', se usa ya poco. Del genov. *bûzza* 'vientre', ital. *buzzo* 'estómago'. De aquí procede el esp. *buzón*.

Buseca 'tripas', del milan. *busecca*. "Con tanto pimentón en la buseca" (Vacarezza, *El fondín de la alegría*, 1930).

Cana 'prisión, vigilante'. Comp. veneciano "metare in cana" 'meter en la cárcel'; pero también fr. *canne* 'surveillant de la haute police'.

Capelín 'sombrero', del milan. *càpelin* 'sombrero de niño o de mujer'. "Ponéte el capelín [hablando a una mujer] y salí a dar una vuelta" (J. F. Palermo, *El corazón del arrabal*, 1920, pág. 21).

Capuchino 'café con leche', del milan. *cappuccino* 'café con algunas gotas de leche'. Se usa mucho.

Copetín 'copa de vino generoso o bebida alcohólica fuerte', del genov. *cuppettin* 'beverino, se di terra cotta'; *coppetin* 'tazzetta'. Este tosco vasito de barro ascendió por la escala social, y hoy es ya término usado por la clase alta.

Mas he de detenerme en estas primeras letras del alfabeto y dejar para otra ocasión el estudio de las numerosas palabras de la misma fuente, sin cuyo conocimiento el recién llegado a Buenos Aires no entiende la lengua usual. Leo en *Noticias Gráficas* (2-XI-1937):

> "Ayer, justamente, hablando con un señor extranjero recién llegado al país, nos decía que, a pesar de poseer correctamente el castellano, le resultaba casi imposible andar por nuestras calles sin utilizar los servicios de un intérprete. Ya al bajar del vapor se le había presentado el primer inconveniente idiomático. Al preguntar cómo podía trasladarse a la casa de un amigo, al cual venía recomendado, un muchacho le respondió: —Cache el bondi... [ital. *cacciare* 'coger'; brasil. *bandi* 'tranvía'], y le dijo un número.
>
> Poco después sorprendió esta conversa-

ción entre algunos jóvenes, al parecer estudiantes, por los libros de texto que llevaban bajo el brazo:

—Che, ¿sabés que me bochó en franchute el cusifai ['me suspendió el tipo ése']?

—¿Y no le tiraste la bronca?

—Pa' qué... Me hice el otario... En cambio me pelé un diez macanudo...

—¿En qué?

—En casteyano...

Y téngase presente que nuestro amigo todavía no ha ido a ver la representación de un sainete criollo, ni ha escuchado la letra de ciertos tangos...

Es que el "chamuyo" ha dejado los arrabales para librar en las calles de la ciudad una encarnizada batalla con el diccionario".

"Encarnizada batalla". Las páginas anteriores han intentado poner de relieve los antecedentes y el sentido histórico de ese combativismo porque sí, rebeldía congénita, que a falta de razones busca pretextos para exteriorizarse. Por fortuna hay muchos que, entretanto, piensan, crean, proponen fórmulas de vida fecunda a la Argentina, y la honran dentro y más allá

de sus fronteras. Son, además, los que escriben y hablan una lengua decorosa, presentable ante el mundo, forjada en el yunque de la auténtica argentinidad, y apta para resistir los malones de la barbarie desértica.

FAHCE Biblioteca Central
Ejro. Inv. 87837
Sig. Top. 806.0(82) CAS gj 1.
Fecha de Alta 02/09/03